

Don Quijote gobernador

IDENTIDAD
CULTURA Y SOCIEDAD

Alfonso Sánchez Arteche

Don Quijote gobernador



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Don Quijote gobernador

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Alfonso Bladimiro David Sánchez Arteché

Fotografías: Acervo del Centro Cultural Isidro Fabela-Museo Casa del Risco-Banco de México, Fiduciario en el Fideicomiso Isidro Fabela.

ISBN: xxx-xxx-xxx-xxx-x

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/28/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

CONTENIDO

Nuevas andanzas de *Don Quijote gobernador*

9

Justificación

19

SEMBLANZA DE NUESTRO QUIJOTE

25

ANDANZAS Y CABALGATAS DEL ILUSTRE CABALLERO

31

Infancia y juventud

35

El revolucionario

51

El internacionalista

61

El escritor

71

El gobernante

77

EN LA ÍNSULA BARATARIA

81

EL CONCEPTO DE HIDALGUÍA EN ISIDRO FABELA

115

Nuevas andanzas de *Don Quijote gobernador*

PALADINES DE LA LIBERTAD, aquel compendio biográfico de personajes históricos americanos publicado en 1958 en la serie de Populibros La Prensa, es el libro que introduce al escritor Alfonso Sánchez Arteche en el mundo intelectual y literario del ilustre mexiquense que es don Isidro Fabela Alfaro. A decir del propio Alfonso en la “Justificación” a la primera edición de *Don Quijote gobernador*, fue en 1962 cuando tuvo entre sus manos el texto del personaje a quien tanto admiró y respetó desde que, a los diez años, leyó *Paladines*.

No imagino el impacto que puede causar en un infante una lectura erudita como *Paladines de la libertad*. Probablemente a cualquier otro niño o niña de esa tierna edad le resulte poco atractiva; no obstante, Alfonso siempre ha sido *rara avis*. Pueden decir que exagero, pero prácticamente escribe desde que nació, pues su primera publicación la hizo en el periódico *El Mundo*, de Alfonso Solleiro Landa, cuando apenas cumplía seis años de edad, el mismo año en que se publicó *Paladines* —de lo cual podemos deducir que no fue precisamente del sistema educativo tradicional del que aprendió sus primeras letras—.

Es fácil discernir por qué a partir de ese momento Alfonso se engancha no sólo con las semblanzas de los defensores de la libertad

sino con toda la obra de Fabela. Veamos lo que dice sobre este personaje en la mencionada “Justificación”:

Émulo del Cid Campeador, el más caballeresco de nuestros héroes civiles, el único cuyas hazañas son dignas de ser historiadas en el arcaico idioma de los cantares de gesta, el que sintetiza en su diuturna brega la divina tenacidad del Quijote y la pedestre sabiduría de Sancho, continúa ganando batallas después de muerto. . .

Por ello es importante recordar el pensamiento de mexicanos universales como Isidro Fabela, no con el avieso fin de sorprender intimidades o descubrir fracturas, que en todos existen como requisito de la condición humana, sino para rescatar perfiles de dignidad que nos están faltando en horas críticas para el destino de México.

La primera edición de *Don Quijote gobernador* data de enero de 1987, por lo que debió de ser una de las últimas publicaciones de la antigua Dirección del Patrimonio Cultural y Artístico, antes de la creación del Instituto Mexiquense de Cultura (IMC) en septiembre de ese mismo año. Los textos que la integran, es decir, las “Cuatro impresiones sobre Isidro Fabela” —como indica el subtítulo— se derivan de un bosquejo biográfico, un artículo periodístico, una conferencia y un ensayo publicados en diversos folletos, periódicos

y revistas entre 1981 y 1985, periodo en que el ambiente intelectual mexiquense fue proclive a recordar la obra de Fabela con motivo del centenario de su nacimiento ocurrido el 29 de junio de 1982. Se trata, entonces, de una recopilación de trazos biográficos en textos breves de carácter “escolar” que Arteche nos regala, elaborados con su acostumbrada erudición y la sensibilidad que siempre ha reflejado en todos sus trabajos históricos.

Ahora bien, haciendo eco de las palabras de Alfonso en la “Justificación”, ¿para qué insistir en una “estéril rasguñanza” del pasado? En el tiempo en que escribe los cuatro textos, a dos décadas del fallecimiento del ilustre personaje, dice que ya existía una “plaga de biógrafos que acudimos a los próceres cual moscas a la miel”. No era para menos, ahí estaban ya los trabajos históricos, jurídicos, periodísticos y literarios de investigadores y escritores como Mario Colín y Ermilo Abreu Gómez, así como los de otra estela de autores que incluyen la vida y obra de Fabela en recopilaciones y estudios sobre la Revolución y la diplomacia mexicanas, como Jesús Silva Herzog y Fernando Serrano Migallón.

Adicionalmente, posterior a 1987 han surgido nuevos, numerosos y extensos estudios sobre Fabela. Sin considerar las investigaciones elaboradas en diversas instituciones del país, y tomando en cuenta sólo aquellas publicadas por el Gobierno del Estado de México (GEM), se cuentan las que se comentan a continuación.

En 1994, el gobernador Emilio Chuayffet Chemor instruyó al IMC compilar la obra completa del personaje, la cual se llevó a cabo con la colaboración de El Colegio Mexiquense, A. C., el Museo casa del Risco-Centro Cultural Isidro Fabela y el Fideicomiso Isidro Fabela del Banco de México, de lo que resultó la publicación de la Biblioteca Isidro Fabela, reunida en 17 volúmenes con su obra “Diplomática”, “Histórica” y “Literaria”, además de incluir “Mensajes y Discursos”. La biblioteca incluyó una presentación hecha por el propio gobernador Chuayffet, así como un extenso prólogo de Manuel Miño Grijalva, coordinador general del proyecto. En el mismo año, dichas instituciones ditaron el libro *Isidro Fabela. Imágenes de la revolución*, cuyo último capítulo se integra con una selección de párrafos de uno de los cuatro escritos incluidos en *Don Quijote gobernador*: “En la ínsula Barataria”. Si bien ésta no fue una segunda edición, si es la segunda ocasión en que se publica un texto del libro que nos ocupa.

Más tarde, el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal (CEAPE) realizó siete publicaciones más. En 2008, dentro de la Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, junto con el Fideicomiso Isidro Fabela del GEM, el Banco de México y Lunwerg Editores de Barcelona, reeditó *Don Isidro Fabela y la Casa del Risco* (la primera edición fue de 2003), de Manuel Ramos Medina, Ana Luisa Valdés González Salas, Virginia Armella de Aspe, Concepción Amerlinck de Corsi y María Teresa Jarquín Ortega. Ese mismo año, también reeditó la obra de Fabela que inspiró el

título del libro de Arteche: *A mi señor don Quijote*. Además, en 2010 y 2011, imprimió sendos estudios especializados sobre dicho personaje: el primero, *Isidro Fabela. Una mirada en torno a la Revolución mexicana*, de Alberto del Castillo Troncoso; y el segundo con el título *Isidro Fabela. Obra Hemerográfica*, de Dionisio Victoria Moreno.

Ya como parte del Fondo Editorial Estado de México (FOEM), el CEAPE publicó, en 2012, *Isidro Fabela Alfaro. Pensamiento y obra a cien años de la Revolución*, de Jesús Blas Hernández y Arturo Allende González; en 2013, el *Índice ampliado del archivo de don Isidro Fabela. Conservado en la Casa del Risco, de San Ángel, D.F.*, de Dionisio Victoria Moreno, y en 2014, reeditó una vez más *A mi señor don Quijote* junto a uno de los relatos más conocidos de Fabela: *La tristeza del amo*, con una nota preliminar de Óscar González.

¿Qué justifica, entonces, una segunda edición de *Don Quijote gobernador* a 32 años de haber sido publicada por primera vez?

Para responder a esta pregunta me di a la tarea de revisar otras biografías de Fabela, no de manera exhaustiva pero si suficiente para llegar a la conclusión de que *Don Quijote gobernador* puede ser considerado el retrato más intimista, poético y emotivo que existe acerca del personaje. No es una biografía convencional que abarca sólo el currículum o la trayectoria de Fabela desde su nacimiento en 1882 hasta su muerte en 1964; Alfonso escarba en las raíces que lo germinan y narra la influencia que tuvieron en él sus padres, don Francisco Trinidad Fabela

y doña Guadalupe Alfaro; dibuja también el influjo que tuvo el medio rural de Atlacomulco y el tránsito al vértigo urbano de Ciudad de México durante sus primeros años de vida.

No es la primera vez que Arteche realiza un ejercicio semejante. Ahondar en la huella que los progenitores y el terruño han dejado en los personajes es una constante en su obra, como se refleja en *Velasco íntimo y legendario* y en *Molina Enríquez. La herencia de un reformador*, ambos de 1990, en los cuales descubre las profundas raíces que influyeron en la vida del jurisconsulto de Jilotepec como en la del artista de Temascalcingo.

Sus biógrafos exaltan el peso del Caballero de la Triste Figura en las ideas de Fabela. Alfonso va más allá: se introduce en las entrañas del quijotismo y la hidalguía de don Isidro, por las cuales este prócer agradece a su “Gran Señor” el enseñarle los conceptos de bondad, amor y misericordia; el guiarlo por los caminos de la estricta justicia, y el convertirlo en un devoto rendido del verbo castellano. Es por ello que Arteche efectúa un estudio integral del concepto de “hidalguía” y del comportamiento caballeresco en Fabela, heredados del padre y que practicó en sus andanzas profesionales. Para llevar a cabo esta labor, Alfonso explica sus razones “meramente subjetivas”:

El supuesto de que don Isidro recibió de sus mayores una esmerada educación caballeresca, imbuida de hidalguía y quijotismo, que yo

encuentro presente en la adolescencia, juventud, madurez y ancianidad del héroe, como signo formal de su personalidad; por otra parte, la ironía de ver convertido al caballero de la Mancha en Gobernador de una ínsula Barataria, hecha más a la medida del fiel escudero. Pero en Fabela coexisten el máximo grado de lucidez advertible en el caballero de la triste figura y las más altas pruebas de cordura que supo dar Sancho Panza en la inmortal obra cervantina.

Nadie como Alfonso para observar en Fabela las andanzas de un nuevo Quijote, un caballero andante que cruza el mundo recreando su propio territorio de La Mancha. Andanzas que lo llevan de su natal Atacomulco a Ciudad de México, de las butacas estudiantiles a la plataforma del educador, del servicio público a la revolución, de la diplomacia a la tribuna de la justicia, del ámbito global al local; en fin, de ser agudo escudriñador de la realidad a depurado y certero escritor. Pero, además, Arteché introduce una variante en la ecuación Fabela-Quijote, pues más bien don Isidro sería “ese contradictorio Quijote con aspecto de Sancho”. Cabe recordar que Fabela dice de Sancho que “tenía la cualidad más estimable en el hombre, la lealtad”, y si por algo se le reconoce a Fabela es por la férrea lealtad a sus principios. Por ello resulta sumamente acertado que Alfonso lo equipare con Sancho en el aspecto físico; sin embargo, también es equiparable en lo intelectual.

Recupero, por otra parte, la idea de “rescatar perfiles de dignidad que nos están faltando en horas críticas para el destino de México”. Frente al contexto en que vivimos, éstas parecen palabras proféticas escritas por Arteché hace más de tres décadas. Veamos las siguientes aseveraciones:

Los argumentos que la respaldan [a la obra de Fabela] tendrán vigencia mientras haya países débiles expuestos a la rapiña de naciones poderosas; palomas frente a halcones; águilas imperiales acechando el vuelo de cenizotes republicanos... La diplomacia mexicana, que tanto le debe, todavía no acepta doblegarse ante los dictados del más cercano imperialismo... Y el brutal espectro de un fascismo mundial al que tantas veces condenó deambula por el mapa con la desfachatez de quien nada debe ni teme...

Estoy seguro de que no hace falta mayor explicación respecto a este tópico: en pleno siglo XXI, en plena modernidad globalizadora en que se pensaban rebasados los violentos y perniciosos nacionalismos, los poderosos “halcones”, las “águilas imperiales” y los fascismos de diverso cuño siguen acechando a los países débiles con su vuelo rapiñero. Y no es que a estas alturas México siga siendo una nación débil, pero nunca está de más reconocer los peligros que la acechan y quién mejor que don Isidro para descubrir esos peligros que, dolorosamente, siguen vigentes después de un siglo.

Finalmente, es fundamental mantener fijo en la memoria colectiva a uno de los más grandes gobernadores que nuestra entidad ha tenido: aquel que en 1942 vino a “salvar” al Estado de México a petición del entonces presidente Manuel Ávila Camacho; el prócer forjado en las lides revolucionarias y en la diplomacia internacional, quien luego dirigió con inteligencia y maestría una entidad tan pequeña territorialmente hablando, pero tan importante en gente y riquezas como nuestro estado; aquel gobernante que “sepultó” a los últimos caudillos de esta tierra y formó una clase política mexiquense que sigue vigente hasta nuestros días.

Bienvenida sea, pues, la segunda edición de *Don Quijote gobernador*, obra de consulta excepcional que, gracias a su escritura breve, didáctica, analítica y sencilla, elaborada por uno de los autores mexiquenses más importantes de nuestra época, es útil para las nuevas generaciones —tan habituadas a la cultura digital— como un primer acercamiento a la extensa y docta obra de Fabela, y para quienes ya estamos entrados en años —tan habituados a leer sobre papel— a fin de que podamos rememorar el ejemplo de un clásico mexiquense, uno de nuestros más grandes héroes civiles: don Isidro Fabela.

RODRIGO SÁNCHEZ ARCE
Toluca, México; mayo de 2019

Justificación

MUERTO EL PERSONAJE ILUSTRE, sobran los críticos que se apresuran a enjuiciar la verdad de su ser y la congruencia de sus actos. Ha dejado de pertenecer a sí mismo y, por tanto, nada podrá esgrimir en defensa propia cuando jueces tan gratuitos como sórdidos torturen su memoria, ya sea en los calabozos del psicoanálisis o, peor todavía, a cielo abierto y en la picota de la sociología.

El deceso de alguien que ha gozado de prestigio provoca una primera injusticia, que es el lodo empalagoso de los elogios arrojados sobre el ataúd antes de que pueda besarlo, con la amorosa mordedura de su humedad, la primera palada de tierra. Luego llegará a profanar los restos fáciles de una presa inerme la parvada de enemigos agazapados que sobrevuelan la cercanía del hombre y que nunca antes se atrevieron a consumir el ataque.

Aún falta lo peor: la plaga de biógrafos que acudimos a los próceres cual moscas a la miel. Marabunta con hambre de fama ajena, sin estar obligados a quemar incienso en los altares de la amistad ni padecer agravios personales que clamen venganza póstuma, solemos erigirnos en jueces benévolos o implacables de causas que nadie nos ha ordenado ventilar.

En el caso excepcional de Isidro Fabela, como en el de ningún otro, su obra no exige defensores, pues habla por ella misma y por su

creador. Vence y convence. Los argumentos que la respaldan tendrán vigencia mientras haya países débiles expuestos a la rapiña de naciones poderosas; palomas ante halcones; águilas imperiales acechando el vuelo de cenizales republicanos. Émulo del Cid Campeador, el más caballeresco de nuestros héroes civiles, el único cuyas hazañas son dignas de ser historiadas en el arcaico idioma de los cantares de gesta, el que sintetiza en su diuturna brega la divina tenacidad del Quijote y la pedestre sabiduría de Sancho, continúa ganando batallas después de muerto.

¿Para qué, entonces, se debe insistir en una estéril rasguñanza del pasado, cuando la geología de Fabela está reciente, viva y próxima, a piel de suelo, a flor de tierra? La diplomacia mexicana, que tanto le debe, todavía no acepta doblegarse ante los dictados del más cercano imperialismo. La Nicaragua de Sandino, merecedora de su admiración y respaldo, está de pie y enfrenta al mismo enemigo de hace medio siglo. Y el brutal espectro de un fascismo mundial, al que tantas veces condenó, deambula por el mapa con la desfachatez de quien nada debe ni teme. Nadie sospecharía, al apreciar la libertad con que actúan sus nuevos apóstoles, que esta aberrante ideología hubiese provocado y perdido una guerra hace cuatro décadas.

La humanidad es propensa al olvido. La amnesia colectiva tiende velos de bruma para ocultar los hechos dolorosos de su pasado. Las generaciones que llegan a fundar días flamantes jamás aprenderán lo

que no se les enseña. Y en aras de una rebeldía mal orientada, padecemos el diario espectáculo de jóvenes que ostentan el signo de la cruz gamada en una parte bien visible de la chamarra “rebeldil” de cuero, o bien se nos obliga a soportar el discurso apátrida de colonizados mentales para quienes la pérdida de nuestra soberanía nacional sería acontecimiento benéfico.

Por ello es importante recordar el pensamiento de mexicanos universales como Isidro Fabela, no con el avieso fin de sorprender intimidades o descubrir fracturas, que en todos existen como requisito de la condición humana, sino para rescatar perfiles de dignidad que nos están faltando en horas críticas para el destino de México.

Hubiese querido presentar al lector un estudio biográfico serio, profundo y digno de este personaje a quien tanto admiro y respeto desde que, a los diez años, leí *Paladines de la libertad*, editado rústicamente por Populibros La Prensa. Desgraciadamente, el tiempo me ha faltado y, por si fuera poco, no me sobran inteligencia ni disciplina de historiador y literato, que ambas cualidades deben concurrir en todo aquel que emprenda un estudio biográfico.

A cambio de ello, quise reunir cuatro impresiones sobre Isidro Fabela, redactadas en épocas, circunstancias y estilos diferentes, y dirigidas a públicos de distinta índole. Puesto que no integran un solo trabajo sistemático, pueden hallarse datos repetitivos, citas utilizadas en uno y otro texto, aunque los ángulos de enfoque varíen. He

preferido no suprimir ni redactar nuevamente estas partes, porque ello significaría mutilar o distorsionar el sentido original de cada pieza. Elijo que se me tache de redundante y no de mistificador ante mi propia, pobre y escasa producción. Únicamente he modificado los títulos originales y he actualizado, mediante notas marginales, la información contenida en alguno de los cuatro escritos.

En primer término presento un bosquejo biográfico elaborado a la manera tradicional. Fue publicado en 1985 dentro de la serie Identidad Estatal, auspiciada por el Gobierno del Estado de México. Es de uso principalmente escolar y lo reproduzco para dejar cubiertas las probables lagunas que pudieran haber en los siguientes tres textos.

En segundo lugar aparece un artículo periodístico que preparé para la edición de aniversario de *Rumbo*, publicado el 19 de noviembre de 1981 con el título “Isidro Fabela (1882-1961). El hombre, el revolucionario, el internacionalista, el escritor y el gobernante”. Intentaba presentar rasgos sobresalientes de la vida y la actuación histórica del ilustre hijo de Atlacomulco. Lo escribí con vanidosa anticipación a lo que supuse sería un magno homenaje estatal al cumplirse, en 1982, el centenario de su nacimiento. Tenía en cuenta que un fabelista distinguido, Mario Colín, ocupaba la Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social. Finalmente, los festejos no respondieron a mi optimismo y la fecha pasó casi tan inadvertida como mi escrito previo.

El tercero es el texto de una conferencia que presenté en el auditorio de la Facultad de Leyes de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), en junio de 1983. El entonces director del plantel, Reynaldo Robles, así como mis apreciables amigos Jaime Vázquez y César Camacho me invitaron a participar en una semana cultural dedicada al maestro Fabela, en la que intervino también Omar Martínez Legorreta. Este último hecho me motivó para preparar la conferencia con rigor histórico y hasta pulcritud literaria, no muy frecuentes en mí, dada la prisa con que debo escribir la mayor parte de las cosas que hago por encargo. No era, por cierto, un honor despreciable alternar con el primer embajador de México en China, uno de los tres más grandes diplomáticos nacidos en el Estado de México que dignamente han continuado la obra de Fabela. Los otros dos son, en mi modesto criterio, Alfonso de Rosenzweig y Víctor Flores Olea.

Finalmente, agrego un ensayo que, bajo el encabezado de “El concepto de hidalguía en Isidro Fabela”, la revista *Ciuhnauhteca* de la Escuela Normal Superior Núm. 1 publicó en su número 5 (mayo y junio de 1985). La maestra María del Rocío Márquez Páez y el profesor Héctor Popoca tuvieron la gentileza de darle cabida en las páginas de esa publicación, que hace honor a los nobles fines con que fue creada.

Lo único que falta por justificar es el título general con que se presenta esta recopilación personal. *Don Quijote gobernador* alude al personaje literario con el que más identificado se sentía don Isidro,

puesto que su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua fue *Don Quijote, una impresión*, donde habla también del periodo breve pero fructífero en que ocupó el cargo de gobernador del Estado de México. Hay otras dos razones, meramente subjetivas, que motivaron mi elección del título: el supuesto de que don Isidro recibió de sus mayores una esmerada educación caballeresca, imbuida de hidalguía y quijotismo, que yo encuentro presente en la adolescencia, juventud, madurez y ancianidad del héroe, como signo formal de su personalidad; por otra parte, la ironía de ver convertido el caballero de la Mancha en gobernador de una ínsula Barataria hecha más a la medida del fiel escudero. No obstante, en Fabela coexisten el máximo grado de lucidez advertible en el Caballero de la Triste Figura y las más altas pruebas de cordura que supo dar Sancho Panza en la inmortal obra cervantina.

Sirvan estas páginas de sincero homenaje al más biografiado de nuestros personajes y, si es posible, como sencilla obra de divulgación, muy inferior a su objeto de estudio.

ALFONSO SÁNCHEZ ARTECHE

Enero de 1987

SEMBLANZA DE NUESTRO
QUIJOTE

INTERNACIONALISTA, ESCRITOR Y GOBERNADOR del Estado de México, nació en Atlacomulco el 29 de junio de 1882, hijo del ingeniero Trinidad Fabela y de la señora Guadalupe Alfaro de Fabela.

Realizó sus estudios en la capital del país. Se graduó como abogado en la Universidad Nacional en 1908. Fue profesor de Historia de México y de Historia de Comercio en el Internado Nacional entre 1911 y 1913, de Derecho Internacional Público en la Escuela de Jurisprudencia de México en 1921 y de Literatura y de Historia de México en el Instituto Literario de Chihuahua entre 1912 y 1913. Ostentó los cargos de jefe de defensores de oficio del Distrito Federal en 1911, diputado en el Congreso de la Unión en las Legislaturas XXVI y XXIX, oficial mayor y secretario de gobierno de Chihuahua entre 1911 y 1913, oficial mayor y secretario de gobierno de Sonora en 1913 y encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno Constitucionalista de 1913 a 1915.

Fue representante diplomático de México en Francia, Inglaterra, España, Italia, Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Alemania entre 1915 y 1920; juez mexicano de la Comisión de Reclamaciones México-Italia de 1929 a 1933; presidente de la Primera Conferencia Permanente Agrícola de Ginebra en 1938; miembro de la Corte de

Arbitraje de La Haya desde 1938 hasta su muerte. Representó a México en la Liga de las Naciones y en la Oficina Internacional del Trabajo de 1937 a 1940, así como al Consejo de la Oficina Internacional del Trabajo ante la Conferencia de Trabajo de La Habana en 1940. Fue gobernador del Estado de México entre 1942 y 1945, senador propietario para el periodo 1946-1952, presidente de la Delegación Mexicana ante la III Conferencia del Caribe en 1940. Se desempeñó como juez de la Corte Internacional de Justicia de La Haya entre 1946 y 1952. Recibió la distinción de doctor *honoris causa* de la Universidad Nacional. Fue miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, de la Academia Mexicana de la Lengua y de la American Society of International Law, también presidente de la Academia de Derecho Internacional.

Es autor, entre otros libros, de las colecciones de cuentos *La tristeza del amo* y *Cuentos de París*, así como de los estudios *Los precursores de la diplomacia mexicana*, *Neutralidad*, *Por un mundo libre*, *Belice*, *Las doctrinas Monroe y Drago*, *Estados Unidos contra la libertad*, *Intervención*, *Paladines de la libertad* y *Maestros y amigos*. Asimismo, inició la publicación de *Historia diplomática de la Revolución mexicana* y de *Documentos históricos de la Revolución mexicana*.

Murió en Cuernavaca, Morelos, el 12 de agosto de 1964. Fue velado solemnemente en la Cámara de Diputados y sepultado en Ciudad de México. En 1975 sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los

Hombres Ilustres del Estado de México. Poco antes de fallecer donó su Casa del Risco en San Ángel, hoy convertida en un centro cultural y en la Biblioteca “Isidro Fabela”. Su villa natal y el municipio antes llamado Iturbide llevan su nombre, así como numerosas instituciones educativas y culturales de la entidad.



Develación de la estatua de Isidro Fabela en Atlacomulco, en 1966.

ANDANZAS Y CABALGATAS
DEL ILUSTRE CABALLERO

EL 29 DE JUNIO de 1882 nació en Atacomulco el ilustre mexicano Isidro Fabela. Por lo tanto, en 1982 fue objeto de merecidos homenajes en todo el Estado de México, que lo tiene por uno de sus hijos más ilustres.

Entonces quisimos anticiparnos a esa serie de reconocimientos. Publicamos una semblanza del personaje que no pretende alcanzar el rango de biografía, porque apenas son abordadas algunas de las facetas de su múltiple personalidad. Como fuente básica para seguir los hechos más importantes en la vida del maestro Fabela, fue utilizada la completísima cronología de Mario Colín en su Fichero Biográfico de Isidro Fabela.

Anécdotas y retratos verbales del personaje fueron tomados de Homenaje a Isidro Fabela, en dos tomos, cuya compilación se debe a Baldomero Segura García. Otros libros también aprovechados para el presente ensayo son mencionados dentro del texto.

Infancia y juventud

AL DECIR DE ALGUNOS DE SUS INCONTABLES BIÓGRAFOS, Isidro Fabela heredó la hidalguía de un padre ejemplarmente honorable y la sensibilidad artística de una madre con portentosa jovialidad. No es posible, entonces, bosquejar ninguna semblanza de este personaje sin describir antes a don Francisco Trinidad Fabela y a doña Guadalupe Alfaro.

En *La tristeza del amo*, el cálido prosista que fue Fabela nos entrega un retrato moral del autor de sus días: “El viejo venerable de barbas muy blancas, el respetado señor de aquella estancia, el amo querido que demostrara siempre una tranquila felicidad y fortaleza incomparables estaba preocupado y abatido”.

Vencido por la amargura que significa la venta de su heredad, el amo grita, con el alma y con la sangre, este párrafo de *Bajo el pinar*: “Si yo quiero más que tú, hijo mío, al Rincón del Encinar, y al Establo y a Maví y al Salto Grande y al Chico, y al Jacal de San Isidro, y al río y a los peones, que también son hijos míos”.

No era Francisco Trinidad un campesino rudo y sin instrucción. Hombre “estimado por sus letras, que no eran pocas dado su carácter profesional, y por su ciencia de campo bien sólida, como apoyada en los libros y fortalecida en luengos años de labor en la floresta”, había

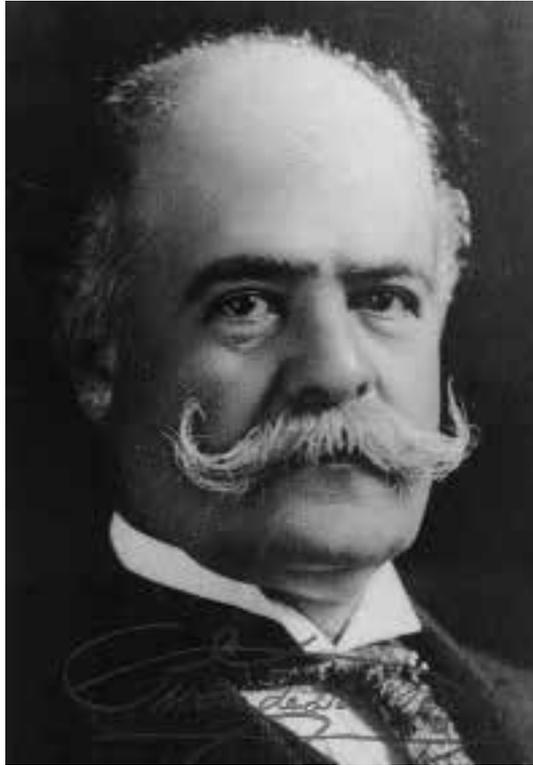


Familia Fabela Alfaro.

terminado la carrera de ingeniero en minas al mismo tiempo que Antonio Caso. Los hijos de ambos, el filósofo y el internacionalista, habrían de cultivar una amistad perenne, al amparo de una identificación muy por encima de las ligas afectuosas entre ambas familias.

Otro fiel camarada de los Fabela era el célebre poeta “del hogar y de la patria”, Juan de Dios Peza, quien al decir de don Isidro, fue “amigo de mi padre desde la infancia y compañero preparatoriano de mi padre”.

Hacendado, sí, pero de mente progresista, Francisco Trinidad no compartía las aspiraciones ni la cobardía de la nobleza rural partidaria de don Porfirio. En una ocasión, cierto comisionado gubernamental se le presentó para comunicarle que había sido nombrado empadronador de manzana. Por valerosa respuesta, obtuvo la siguiente declaración:



Juan de Dios Peza, maestro de Isidro Fabela.

—Yo no me presto a farsas. Llévase sus papeles y vaya con Dios.

—Así lo comunicaré a la superioridad —dijo el funcionario en tono amenazante.

—Haga lo que le plazca y déjeme en paz.

Este hombre implacable, forjado dentro de la mejor escuela caballeresca, transmitió a sus hijos un espíritu de “honor, dignidad y patriotismo”.

Cuando tomó la decisión de vender “aquel terruño que lo vio crecer al amparo del anciano padre de quien heredara honor y fama”, lo hizo con la conciencia de que sus hijos no seguirían la vocación ancestral de la agricultura:

Debo pensar [...] que pronto he de marcharme, y que si legara a mis hijos estas tierras, fructíferamente indivisibles, habrían de resentir serios perjuicios. A ninguno de ellos llamó Dios por esta senda que ha sido la vida mía, por lo que veríanse forzados a mal negociar este patrimonio o a mal administrarlo, y un padre debe mirar, más que su dicha presente, al futuro de sus hijos. Esto sí; aquí dentro, muy hondo, abrigo la penosa idea de quien se lleve mis tierras, se lleva también mi vida.

Mientras fue joven, alimentó sin duda el ideal virgiliano del pequeño propietario rural, independiente de los demás, que — según palabras de Francisco Montes de Oca— alcanza el bienestar en medio de un paisaje sonriente. En el “Libro primero” de sus *Geórgicas*, dice el inspirado poeta de la *Eneida*:

El labrador que con rastros rompe los estériles terrenos, hace gran servicio a su campo: desde lo alto del Olimpo la rubia Ceres le mira propicia, lo mismo que al que rompe los terrones de que ha erizado el suelo con el arado y cruzando de nuevo a través de los primeros, remueve a menudo la tierra y la subyuga a fuerza de trabajo.

Pero ante el agobio de la salud y la evidencia de que la hacienda habría de fraccionarse tarde o temprano, tuvo el valor suficiente para

despedirse [...] de un pasado dichoso que estaba identificado con esos llanos y sementeras que él fertilizara; con esas presas y caminos que él hiciera; con ese río en cuyas linfas se bañara bajo el sol allá en aquella dulce juventud pretérita de encantadoras remembranzas; decir un adiós eterno a esos montes habladores y elegantes que le vieron vagar por la maleza, escopeta al hombro, sólo con su optimismo triunfal o en el fiel retinto que ahora conservara muerto para perpetua memoria sobre la puerta de la troje; dejar para siempre su casa, sus ganados, sus arados, sus riscos y remansos, era algo profundamente dramático y trascendente para el buen señor.

Este caballero de entereza aleccionadora es el mismo que en pleno fragor revolucionario escribe a su hijo Isidro, ya comprometido en la lucha contra el huertismo, la siguiente frase conmovedora: “Eres como yo soñé que fueras, todo un hombre de honor”, aunque “yo preferiría saber que has muerto con dignidad y con honra, y no que vives después de haber cometido actos indignos”.

Doña Guadalupe Alfaro supo ser compañera ideal para un hombre de semejantes atributos. Isidro, el sincero escritor, nos confiesa:

Amé la música fervorosamente cuando mi madre, interpretando su ritmo interior, pasaba sobre las pulidas teclas del piano sus manos, como alas de ensueño, abriéndome con ellas las puertas de un

mundo desconocido: el mundo que canta el himno eterno y polifónico de la naturaleza.

A ella, la discípula aventajada del modesto profesor de música Melesio Morales, le escribe una carta el hijo ausente: “Tú eres optimista,



Guadalupe Alfaro de Fabela.

tú has sido siempre mi maestra de felicidad. Heredé de tu dilecto espíritu de artista un amor infinito por la vida”.

El fiel alumno de don Isidro, Mario Colín, agrega algunos valiosos apuntes al retrato espiritual de esta mujer bondadosa y jovial, activa participante en la vida lírica de un pueblo al que incluso dedicó inspiradas composiciones. Una de ellas lleva por título *Recuerdos de Atlacomulco*.

No es ocioso presentar el perfil humano de los padres de Isidro Fabela, puesto que su influencia marcó huellas indelebles en el temperamento y el carácter de este polifacético intelectual y hombre de acción, quien ya adulto dirá de ambos: “Me enseñaron desde niño a ser un hombre de honor”; a mayor precisión “un varón cabal, de firmes convicciones patrióticas y enérgicas”.

El 29 de junio de 1882 nació en Atlacomulco José Isidro Pedro Fabela Alfaro, en la casa número 1 de la antigua plaza principal. A su pueblo el escritor dedicará páginas llenas de ternura, como las de *Pueblecito mío*: “Aldeíta enhiesta y lúcida, siempre invierno por fuera y por dentro siempre estío; caro arcón de mis añoranzas de cuando era párvulo, inocente como los corderos y sincero como las plegarias maternas”.

Sobre la casa en la que vio la luz primera, dice:

La llevo en los fondos de mi memoria visual, de mi memoria auditiva, de mi memoria ideológica. Vive dentro de mi propio ser, en mi retina

están sus patios y sus corredores, sus aposentos y sus habitantes. En mis oídos resuenan, como ecos eslabonados, las voces familiares, los trinos que surgían de jaulas y pajareras y las disonancias alegres de atajos y caballerías, rebaños y pías. En mi mente están los recuerdos exactos de la vida que me rodeaba y de la que eran protagonistas principales mis padres y hermanos, parientes y contertulios.

Buena parte de su infancia transcurrió en la hacienda El Salto, donde las escenas cotidianas [...] eran de lo más pintoresco y entretenido: la salida temprana de los atajos; la comida y el aseo de la caballada; el



Corredor de la casa natal de Isidro Fabela.

trajín constante de la lechería dominado por el monorrítmico runrunear de las descremadoras; la llevada del recaudo para la señora Ama, proveniente del pueblo; la entrega de los aperos, el ensillar de los caballos, el aparejo de la mulada y el estridente partir de los vehículos de transporte. Armonías disonantes del chirriar de las carretillas, el rasear de las escobas, el sonsonete de los cascabeles del guayín, el traquetear de las carretas y el vivaz estrépito de las caballerías...

Un ensueño infantil:

A los siete años no anhelaba otra cosa que ser “charro”, y parecerlo, además. Montar un buen caballo, consonante en estatura con la mía; calarme espuelas que sonaran ruidosamente en las baldosas; tener una silla vaquera con chapetones plateados, reata en los tientos y cantinas bordadas y de buen cupo; usar sombrero ancho, fino de pelo, no muy alto de copa, con toquilla de oro, barbiquejo borlado en la punta, y largo hasta dar en la cadena del reloj; y contar con otros menesteres de importancia menor, que atañían más directamente a la plástica del cuaco que yo ensillara.

Aspiración que habrá de transformarse un año más tarde en inquietudes más universales cuando, en compañía de su familia, llega a radicar en Ciudad de México. Allí recibe las primeras lecciones en la

Escuela de Párvulos Anexa a la Normal de Profesores, bajo la dirección de su tía, la educadora Brígida Alfaro.

En 1895 ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, donde forma parte de una brillante generación de estudiantes que con el tiempo se convertirán en intelectuales, artistas o políticos de valía. Sin embargo, su amistad más profunda es con Antonio Caso, en cuyo hogar transcurren muchas horas de estudio y conversación. El hermano menor del primero, nada menos que quien llegaría a ser precursor de la arqueología mexicana moderna, Alfonso Caso, describe a Isidro como “alegre y



En el rancho El salto con sus padres, en 1884.

dicharachero”. Años después, todavía recordaba “el brillo de sus ojos maliciosos a través de los espejuelos”.

El filósofo Antonio Caso, quien lo conocía tan profundamente, escribió: “Isidro Fabela es pensamiento y nobleza, puestos de acuerdo con la vida, en perfecta ecuación”.

De todos sus maestros, el que despierta mayor admiración en el joven preparatoriano es Justo Sierra, a quien remitirá, años más tarde, “mi alma cobijada bajo tu nombre: recíbela, maestro, es hija tuya; tú la formaste, tú le encendiste la llama del ensueño, tú enseñaste a amar la verdad, la justicia, la belleza, el amor a la patria y a la humanidad”.

En 1902, Isidro ingresa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde habrá de fortalecerse su incipiente amor por la verdad y su respeto a la ley. El doctor Pedro de Alba nos ha conservado una valiosa estampa del joven revolucionario que animaba en Fabela desde sus años mozos. En 1907, un grupo numeroso de alumnos de la universidad, incluso aspirantes a médicos, se reunían en el auditorio anexo a la cárcel de Belén para presenciar los juicios públicos en los cuales intervenía el no menos brillante abogado que orador Jesús Urueta.

El mencionado tribuno Urueta defendía en cierta ocasión a otro profesionalista y el barullo juvenil se dejaba escuchar con estruendo cada vez que pronunciaba una frase lapidaria o cuando el fiscal desbarataba en su afán de hundir al acusado. En un momento dado, tratando de acallar estas manifestaciones, el presidente de debates ordenó que



Busto de Justo Sierra de la colección Isidro Fabela.

la sala fuera desalojada por las fuerzas del orden. Una voz sonora se dejó escuchar, en los siguientes términos:

Usted no puede ahogar las opiniones de los concurrentes [...], porque esa es una de las características del jurado, en el que el pueblo contribuye

de manera directa a que se haga justicia; además estamos aquí los estudiantes del último año de Jurisprudencia haciendo práctica forense y exigimos que se nos reconozca el derecho de permanecer en el salón, hemos venido a estudiar este proceso y no por simple curiosidad.

Quien de tal manera hablaba era Isidro Fabela, el mismo que un año más tarde terminaría sus estudios de licenciado en derecho, sustentando una tesis sobre “excepciones dilatorias”.

A inspiración de los maestros Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, el 28 de diciembre de 1909 se constituye formalmente el Ateneo de la Juventud, bajo la presidencia de Antonio Caso. Isidro Fabela funge como secretario de actas. Esta agrupación cultural ejercerá una influencia definitiva sobre la mayoría de sus miembros, algunos de los cuales dejarán su imborrable impronta en la política, la cultura, la pedagogía y el arte de nuestro siglo. Entre los más destacados se cuenta a Erasmo Castellanos Quinto, Alfonso Cravioto, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri y José Vasconcelos, entre los numerarios; así como Efrén Rebolledo y Diego Rivera, entre los socios correspondientes.

El año de 1910 se inicia bajo una atmósfera de inquietud para los mexicanos, aunque el futuro del joven abogado Fabela parecería promisorio. En julio, su maestro Justo Sierra lo nombra profesor de

Derecho Mercantil y encargado de las conferencias de Historia Patria e Historia del Comercio, en el Internado Nacional.

El 21 de septiembre de ese mismo año toma parte en el acto de develación de una lápida en la Ciudadela, sitio donde estuvo preso Morelos entre el 28 de noviembre y el 22 de diciembre de 1815, antes de ser trasladado a Ecatepec, donde se le fusiló. El orador oficial es Isidro Fabela, un hombre en quien ya afloran los sentimientos maderistas, hechos presentes en una ceremonia que forma parte de los festejos del Centenario de la Independencia, promovidos por el régimen porfiriano.

Un homenaje al preclaro héroe insurgente es —proclama— “reconocimiento y es justicia: la fama de Morelos no es producción imaginaria del mexicano; no es un hiperbólico amor ni una falsa gloria forjada en la leyenda nacional; es algo fuerte como el bien e imperecedero como la verdad”.

La presencia de un Morelos que Fabela considera más grande que Washington, Bolívar y San Martín aparece en el discurso como imperativo vigente. Esta pieza oratoria, brillante por su redacción y pulcra por su contenido, es una incitación a continuar la lucha del caudillo insurgente en favor de los oprimidos. Ninguna mención al régimen anquilosado de un dictador al que Carlos Robles, en alocución pronunciada frente a la recién colocada estatua de Juárez, elogiaba vehemente el 15 de septiembre de ese mismo año: “No hay que

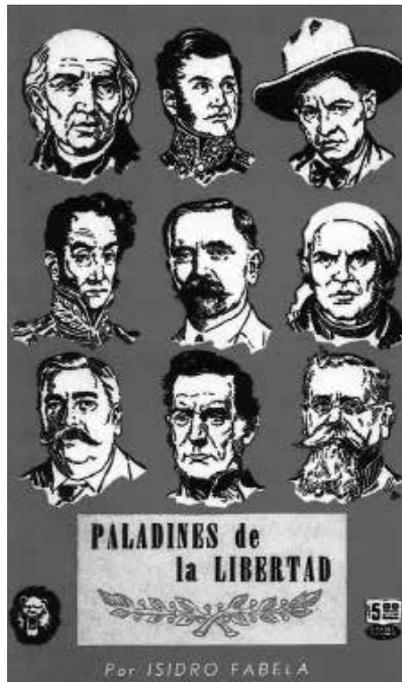
detenerse; ¡adelante! Hidalgo nos bendice; Juárez sigue con nosotros; Porfirio Díaz sostiene con mano férrea aún la bandera de la República”.

En contraste con este ejemplo de retórica oficial, muy en boga por aquellos tiempos, Fabela destaca las virtudes combativas de Morelos y su devoción por la libertad y la justicia. Y en uno de los



Miembros del Ateneo de la Juventud.

párrafos podemos encontrar los primeros balbuceos de una carrera en los foros del internacionalismo: “Amémosle infinitamente, amémosle siempre. Sigamos en los momentos de angustia nacional su fuerte ejemplo: evocándolo sabrá conducirnos a la victoria, si el extranjero osa la invasión de nuestra tierra o el desconocimiento de nuestra ley”.



Portada de *Paladines de la libertad*.

El revolucionario

POCO TARDARÍA EL JOVEN ABOGADO en incorporarse activamente al movimiento revolucionario encabezado por Francisco I. Madero. Sacrificaría el porvenir que le ofrecían los partidarios del antiguo régimen, sabedores del talento que palpitaba en el valioso abogado de veintiocho años. Tiene que luchar, sin embargo, contra esa *Tristeza del amo* que alguna vez le criticó valerosamente Alfonso Fabila, quien por otra parte lo admiraba profundamente. En el otoño de su vida, Fabela confesaría con sinceridad:

Yo quiero a este pueblo bendito de Dios, porque en su escenario rural aprendí a querer con misericordiosa simpatía al rústico y al tímido peón que me daba los buenos días medroso talante y me besaba la mano a la despedida, diciéndose con voz de ancestral rendimiento: Adiós, señor amo.

Pero de inmediato corrige cualquier sospecha que pudiera haber sobre una censurable nostalgia del señor feudal, “porque aquí, y en la hacienda de mis mayores, nació mi rebelión contra las injusticias”, porque en los lugares donde los indígenas “paseaban su miseria espiritual y física en la inconsciencia de su desamparo, comprendí que había llegado

ya para ellos la hora de la redención y del pan, porque lo que esas razas pretéridas y vejadas requerían era lo que la Revolución vino a darles”.

El hombre terrenal que hay en Fabela se regodea en los capítulos de su infancia bajo la sociedad patriarcal de fines del siglo pasado. Insiste en el paisaje y en el tema que según Fernández MacGregor es “la médula de la personalidad de Isidro”. Pero su honesta convicción de patriota lo inclina, como a los también terratenientes Madero y Carranza, a abrazar la causa de la justicia. Como ellos, contribuye a destruir el pasado idílico en que transcurrieron sus días infantiles, para pregonar muchas veces: “No vivamos nuestro pretérito de gloria, pero muerto; vivamos el hoy viviente tratando de arrancarle al porvenir sus secretos, pues no lo dudéis un instante: el secreto de nuestro porvenir está en la corteza y en las entrañas de la tierra”.

Fascinado por la sinceridad de Madero, en 1911 acepta el cargo de jefe de defensores de oficio en el Distrito Federal y de consejero técnico de la penitenciaria de la misma ciudad. Un año más tarde, será electo diputado federal por el distrito de Ixtlahuaca. Maderista convencido, emplea su talento en la defensa del apóstol que fue Madero, quien “amaba a la patria sobre todas las cosas. Amaba a la patria porque antes, antes había amado a la familia en una vida hogareña de probidad y dulzura”.

Estos antecedentes lo identificaban con la vida de Fabela. Sin embargo, al ser nombrado oficial mayor del Gobierno de Chihuahua,

el abogado revolucionario conocerá a un personaje todavía más interesante, Abraham González, hombre de “inteligencia y carácter”, a quien se atribuía haber abofeteado alguna vez a Pancho Villa para reprimirlo por haber cometido un incomprensible acto de crueldad.

El viaje para ponerse a las órdenes de este jefe político puede ser considerado novelesco, pues una fiebre que lo atacó en Torreón salvó la vida al joven Fabela. El tren en el que debía dirigirse a Chihuahua fue asaltado por las fuerzas de Cheché Campos, quienes consumaron una horrible carnicería y, según dijeron después los soldados sobrevivientes a la tragedia, andaban en busca del abogado. La crueldad de la guerra fratricida se le fue mostrando en toda su potencia al revolucionario de extracción intelectual.

Según testimonio del general Barragán, estando en Chihuahua Fabela se entera de una rebelión preparada por Orozco, y aunque advierte al gobierno federal de este peligro, no se recibe ningún apoyo para impedir la rebelión, que semanas después estalla. Fabela salva milagrosamente la vida refugiándose en Ciudad Juárez, en tanto que Abraham González se esconde en la propia Chihuahua.

Mientras está en la capital conferenciando con Madero, el cuartelazo de la Ciudadela sorprende al revolucionario de Atlacomulco, quien se entera del crimen cometido contra Abraham González y más tarde se llena de indignación por el vil asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez.

Una vez que ha tomado la decisión de responder con valentía a sus obligaciones de diputado, tiene oportunidad de hablar con su padre. Éste fue el diálogo:

—Papá, me voy a México a ocupar mi curul en la Cámara de Diputados. Ése es mi deber.

—¿Y cuál será tu actitud?

—De oposición a Huerta.

—Que Dios te bendiga y te cuide, hijo mío. Me siento orgulloso de ti.

Siendo miembro destacado del Grupo Liberal Renovador de la Cámara, se integra a los grupos de trabajadores revolucionarios que el 22 de septiembre de 1912 habían fundado la Casa del Obrero Mundial. Aunque sin estatutos ni declaración de principios, esta institución funcionó “simple y sencillamente como centro de divulgación doctrinaria de ideas avanzadas”.

Para cumplir con este papel doctrinario —dice el historiador Ramón Gil— se efectuaban en sus salones conferencias y cursos, sobresaliendo de entre quienes realizaban esta labor Antonio Díaz Soto y Gama, Lázaro Gutiérrez de Lara, Adolfo Santibáñez, Santiago R. de la Vega, Rafael Pérez Taylor, José Santos Chocano e Isidro Fabela.

El 1 de mayo de 1914, la Casa del Obrero Mundial conmemora por primera vez en México el sacrificio de los mártires de Chicago. Isidro Fabela pronuncia en aquella memorable ocasión su discurso “suicida” en contra de Huerta, en el Teatro Xicoténcatl.

Según periódicos de la época, a la manifestación realizada por la mañana concurren más de 15 mil obreros. El presidente del Comité Organizador, Carlos M. Peralta, relata que el gobernador del Distrito, general Samuel García Cuéllar, fue informado previamente del acto. Éste, después de consultar con Huerta, respondió a los patrocinadores de la marcha: “Pueden sacar la manifestación, pero ya saben que va a ser patrullada, y mucho cuidado con que haya desorden”.

Por la noche, y a pesar de que se había ofrecido no mencionar al usurpador, Fabela hace una exaltación de la clase obrera. Dice entre otras frases las siguientes:

Ya hoy, señores, la primera manifestación genuinamente obrera por sus componentes y por sus ideales se presentó imponente de majestad y vivimos, con belleza inolvidable de intención, ante la cámara de representantes del pueblo, y depositó ante un público compacto y delirante de obreros tres memoriales, que habrán tarde o presto de transformarse en leyes, al grupo Liberal Renovador de esta Cámara, que lleva en su sangre, sangre del pueblo, que nació del pueblo y trabajar por el obrero para cumplir así con los sagrados deberes que lleva



Discurso de Madero en campaña.

troquelados fuertemente en su alma al conjuro de un *glorioso apóstol*, cuya sangre de martirio, salpicada a todos los vientos, grabará en la historia de mi patria con letras que irradiarán como soles, a pesar de todos los cuartelazos y a pesar de todas las tiranías, esta sola palabra: ¡libertad!.

Los efectos de esta incendiaria arenga no se hacen esperar. Dos días después, el 3 de mayo, una señora Caravantes avisa a Fabela que se prepara su aprehensión. Cuando un tal Vilchis, deshonor del Estado de México, llega a tratar de detenerlo en su casa de la calle Durango, el valeroso diputado se ha puesto en fuga. La policía lo busca también en Hueyapan, en la casa de su amigo Landero, mientras que el cacique de Atlacomulco Gumercindo Gutiérrez catea las haciendas El Salto y Cuaspillaxi, poco antes vendidas por los Fabela.

Pero Isidro se ha dirigido a Veracruz, donde vive su familia. Su padre, que padece los efectos de un enfisema pulmonar, es enterado



Respuesta de los revolucionarios a la arenga de Isidro Fabela.

de la persecución que sufre su hijo, quien lo engaña piadosamente diciéndole que piensa dirigirse a Nueva York, cuando en realidad ha planeado reunirse con las fuerzas rebeldes que operan en el norte de la república. Con el auxilio de un funcionario de la Compañía Transatlántica Francesa, señor Burgunder, logra escapar en La Navarre, en el momento en que los agentes policiacos están sobre su pista.

Así es como llega a Piedras Negras para iniciar una nueva etapa en su vida revolucionaria. Desde allí dirigirá una excitativa a los legisladores dignos para que luchen contra la usurpación junto con Luis G. Unda, Alfredo Álvarez, Carlos Esquerro y Serapio Aguirre, que han llegado al cuartel general del constitucionalismo; y Eduardo Hay, Manuel Pérez Romero, Francisco y Roque González Garza, que han enviado telegráficamente su aprobación al documento.

Poco antes, ha remitido una carta al Congreso Nacional Norteamericano para explicar la justa causa de los que combaten al dictador Huerta. El 28 de octubre es nombrado oficial mayor dentro del



Venustiano Carranza.

gobierno de Sonora, que encabeza José María Maytorena. Más tarde se reunirán con aquel paladín revolucionario al que admiró como a ningún otro: Venustiano Carranza.

¿Reconoció Fabela una figura similar a la de su padre “cuando allá cubierto en el polvo del camino que se levantaba como una nube de gloria vi aparecer al Redentor, al hombre que estaba simbolizando en aquel momento de nuestra historia patria, el honor de nuestra Nación”?

Como su padre, “era honrado en el más amplio sentido de la palabra”, pero llevó su sacrificio todavía más lejos que don Francisco

Trinidad, pues “teniendo hacienda la mermó a tal grado que dejó a su familia en la pobreza...”.

No había en el recio caudillo resabios de aquella “tristeza”, más bien, “sereno y grave por antonomasia; de una calma singular, nunca lo vi nervioso ni agitado”. Pero era también un hombre de honor, y combatía con hidalga convicción para restituir a la nación la dignidad perdida cuando el presidente Madero fue asesinado proditoriamente.

Desde el primer momento se estableció entre el viejo y el joven una corriente de mutua simpatía, “y ese día venturoso fue grande en la historia de mi vida porque por vez primera estreché la mano del mártir de nuestra Segunda Reforma”.

~ 60 ~



Con Venustiano Carranza en el Campamento de Hermanas, Coahuila, 1913.

El internacionalista

PAZ VIRGILIANA FUE AQUELLA en la que transcurrieron los primeros años de su existencia, paz de honrado hijo de terratenientes, paz de amo bajo la serenidad bucólica de la dictadura porfiriana: paz de sepulcros. Pero, al igual que el poeta latino, Fabela sintió la amenaza del enemigo externo frente a la patria desunida. Podría decir también:

Por doquiera andan confundidos lo justo y lo injusto: por todas partes existen las guerras y los crímenes bajo mil formas distintas; deshonra parece manejar el arado: privados de brazos, los campos están yermos y las corvas hoces se convierten en homicidas armas. Aquí el Eufrates, allí la Germania, preparan la guerra contra nosotros; las ciudades vecinas rompiendo los tratados y las legiones combaten unas contra otras; por todo el orbe derrama sus furores el impío Marte.

Fabela, que amaba a su patria chica como si fuera todo México, y al mundo como si fuera su patria chica, recibió de don Venustiano la honrosa comisión de hacerse cargo de la Secretaría de Relaciones, en calidad de oficial mayor. Era el 15 de diciembre de 1913 y se iniciaba una brillante carrera de jurisconsulto internacional, que convertiría a Fabela, por su infatigable defensa del derecho de los pueblos pobres

ante las naciones poderosas en “uno de los hombres más importantes de la América Latina”, según palabras de José Alvarado.

La política internacional de Carranza ante el intervencionismo extranjero, principalmente estadounidense, fue en gran parte obra del abogado Isidro Fabela, que ante cada nueva actitud arrogante del país vecino se veía obligado a profundizar más en el conocimiento de la jurisprudencia que rige y la que debe regir el trato entre las naciones.

A fines de 1914, por “intrigas políticas del general Álvaro Obregón”, según el respetable punto de vista del general Juan Barragán, Fabela es nombrado como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Europa para reorganizar las legaciones y consulados en Inglaterra, Francia, Italia y España. Lo cierto es que la función encomendada al diplomático era fundamental para propagar las razones del constitucionalismo en aquellos países. Allí se enfrenta por vez primera el hombre culto de Latinoamérica a un París que, en su opinión, “es la ciudad mejor trazada del mundo”. En el verano de 1916, se le encomienda una misión semejante en Sudamérica como ministro de México en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Años después confesará: “Dejé París, como siempre lo he dejado, con turbiedad en los ojos y saudades incisivas en mi corazón tan apegado siempre al sabio, fino y penetrante espíritu de Francia”.

En Sudamérica se compenetra de una realidad que, siendo dolorosa para México, adquiere tintes patéticos al reproducirse en

muchas otras naciones del continente. La huella del imperialismo estadounidense penetra en su fina sensibilidad diplomática y lo motiva para escribir *Los Estados Unidos contra la libertad*, obra de erudición histórica en la que, sin embargo, se percibe una íntima simpatía por el pueblo del país vecino, cuyos pensamientos no están reflejados precisamente en las acciones de rapiña que cometen algunos capitalistas y políticos en contra de las naciones débiles del sur del río Bravo. La primera edición de este documento aparece en Barcelona, en 1918. De inmediato se convirtió “en una especie de Biblia”, según afirma Pedro de Alba.

Sin embargo, no es nuestro propósito analizar detenidamente la labor del internacionalista, sin duda la más trascendental pero también la más compleja en la apasionante biografía de don Isidro.

Vale la pena señalar que, habiendo recibido el 30 de enero de 1920 el nombramiento de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Alemania, el 7 de mayo de ese mismo año recibe la comunicación de Pablo González de que debe ponerse al servicio del nuevo ministro de relaciones, nombrado después de que Carranza fue obligado a abandonar la capital de la república.

La digna respuesta de Fabela fue la siguiente: “Usted es un soldado desleal que ha hecho con el presidente Carranza lo mismo que hiciera Huerta con el presidente Madero. Absténgase de darme órdenes, porque no reconozco su autoridad”. El 21 de mayo Carranza

es asesinado y el diplomático renuncia a su cargo, negándose por algún tiempo a colaborar con gobernantes a quienes culpa de traición al presidente constitucional de México. En 1923 es electo diputado por El Oro, pero al estallar la rebelión provocada por el Plan de Agua Prieta, sale del país con destino a California, por considerar que tanto De la Huerta como Calles participaron en el magnicidio.

En 1927 se establece nuevamente en París, donde desarrollará una intensa actividad pública como corresponsal de diarios mexicanos y, sobre todo, como crítico que señala las agresiones de los países poderosos en contra de los pueblos indefensos. Así es como en 1928, de acuerdo con el relato de Alfonso Alamán, pronunció un discurso vibrante contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, victimario de la libertad en Venezuela. Es también cuando envía su inmortal carta al general Sandino, en la que se dirige al paladín nicaragüense, diciéndole: “Usted es un héroe, el héroe de nuestros tiempos, el que debía surgir como un imperativo de nuestra historia”.

Agradecido por este gesto de nobleza revolucionaria, Sandino acepta, un año más tarde, asistir a la casa de don Isidro en México, donde protagoniza una escena incómoda al increpar a un estadounidense, simpatizador de la causa sandinista, que estaba en la conversación y a quien Sandino atacó violentamente por el hecho de pertenecer a un pueblo que pensaba enemigo del suyo. Fabela justificaba después esta actitud, consideraba al sentimiento



Con el presidente Ávila Camacho.

antiestadounidense que albergaba Nicaragua como razón válida de experiencia histórica.

Entre 1932 y 1933 es comisionado mexicano, en calidad de juez, en la Comisión de Reclamaciones México-Italia. Pero será hasta 1937 cuando vuelva a asumir plenamente funciones diplomáticas, al ser nombrado representante de México ante la Sociedad de las Naciones, el 11 de febrero. Cárdenas, entonces presidente de la república, le asignó esta delicada misión sin conocerlo personalmente.

Ávila Camacho tuvo una importante participación en dicho nombramiento, pues “don Manuel me había dado pruebas de ser mi leal amigo, siendo la última la de recomendarme con el Gral. Lázaro

Cárdenas, que sin conocerme personalmente, me nombró Delegado Permanente de México en la Sociedad de las Naciones”.

La cordial relación que se estableció entre ellos tuvo como base la identificación ideológica entre ambos personajes, partidarios del derecho de todos los pueblos a elegir su propio destino. Como dijo Jesús Silva Herzog con esta designación “el gran Presidente encontró al gran diplomático”.

En *Cartas al presidente Cárdenas*, editada en 1947, Fabela da una muestra de su lealtad al primer mandatario de México, pero también deja constancia de la capacidad de un diplomático para desarrollar una política internacional dentro de las normas del más estricto derecho. Fabela recogió la inquietud de Cárdenas por dar a la voz y al voto de nuestro país la autoridad moral suficiente para condenar las agresiones fascistas contra España, Etiopía y Austria, y sentó de esta manera un precedente de solidaridad con los países que han sido invadidos en beneficio de intereses extranjeros.

En un discurso así expresó Alejandro Carrillo la importancia que la defensa de la España republicana tuvo para consolidar el prestigio internacional de México:

En Ginebra, al defender a España a nombre de México defendía la libertad y la independencia de todos los pueblos del mundo. Ahí tuvimos el privilegio de estar cerca de él, acompañado de su dignísima



Isidro Fabela en sesión de la Sociedad de las Naciones Unidas.

esposa. Le escuchamos cuando libraba, en junio de 1937, la batalla que por instrucciones del presidente Cárdenas sostenía no sólo en defensa de España, sino en favor de los ideales, los principios y las normas consubstanciales a la doctrina internacional de México.

La política internacional de México en los albores de la Segunda Guerra Mundial, es clara, sólida, contraria a la complicidad que algunas naciones practican en favor de los agresores, bajo el disfraz de una hipócrita neutralidad.

En apoyo al pacto que normó la existencia de la Sociedad de las Naciones hasta su desaparición, el diplomático escribe al presidente mexicano:

Como se ve, el criterio de nuestra representación ante la Sociedad de las Naciones ha sido claro y terminante: el Gobierno de México,

hasta ahora, ha sido partidario, habiéndose opuesto a toda reforma que tienda a debilitar la seguridad, que es la fuerza esencial de la Sociedad de las Naciones.

Fiel aliado de todas las causas populares, de todos los gobiernos legítimos amenazados por el intervencionismo extranjero, de todos los pueblos privados de sus derechos políticos, en 1921 Fabela censura a Estados Unidos por la invasión a Dominicana: “Los Estados Unidos, que debieran poner sus riquezas, sus energías, su poderío, su alma joven y entusiasta al servicio de la cordialidad, han empleado mal su omnipotencia”. Al condenar el derrocamiento del gobierno legalmente constituido en Guatemala, bajo la presidencia de Jacobo Arbenz, Fabela manifiesta su repudio hacia todas las representaciones que durante la Conferencia de Caracas abrieron la puerta al sangriento cuartelazo de 1954:

Al caer el Gobierno del presidente Arbenz, los Estados Unidos triunfan una vez más en nuestra América Latina, interviniendo en los asuntos de Guatemala, gracias al desvergonzado apoyo inmoral, político, diplomático y militar de los estadistas de Washington.

Una voz que se levanta para denunciar las acciones imperialistas en contra de cualquier nación del mundo es la de don Isidro,

que permanece intensamente viva durante medio siglo, desde aquellas medidas pero valientes notas de protesta al gobierno de Washington por la invasión de Veracruz, hasta la muerte del internacionalista en 1964.

Bien decía Román Badillo que “don Isidro parece flauta mágica en medio de las serpientes venenosas que anidan en todos los poderosos de la tierra”. Como demostración de la poderosa influencia que ejerció el ímpetu doctrinario de Fabela en los diplomáticos contemporáneos, está el estudio que hace el exsecretario de relaciones exteriores, Jorge Castañeda, sobre la actuación de Fabela frente al problema de España, uno de los “casos sobresalientes porque abrieron una huella profunda en la conciencia internacional del país, y porque en relación con ellos se crearon, o reafirmaron vigorosamente, algunos de los postulados básicos de nuestra política internacional”.

Queda, como un ejemplo vehemente de su perspicacia diplomática, el agudo ensayo donde compara el carácter unilateral de la Doctrina Monroe con la universalidad vigente de la Doctrina Drago, sustentada a principios de este siglo por el canciller argentino Luis María Drago.

El escritor

EL FINO LITERATO ERMILO ABREU GÓMEZ RELATA que, al iniciarse en las complejas labores del servicio exterior, conoció a Fabela por sus textos diplomáticos:

Los temas vitales, polémicos que había escrito, circulaban de mano en mano. Yo los leía con sobrado gusto, no tanto porque los temas me atrajeran desde lo hondo de mi conciencia, sino porque advertía que estaba delante de un notable escritor. Es en efecto Fabela mejor escritor de lo que la gente un poco a la ligera supone. En sus escritos el estilo se desliza manso y ceñido al propósito de su materia. Nunca el estilo se desmaya ni se alza hacia lugares impropios. Allá está en su lugar. Parece que la palabra es siempre la justa, la pertinente; siempre es aquella que dice exactamente lo que su autor quiere decir.

Dijimos ya que la honradez de don Francisco Trinidad había sido determinante en la formación revolucionaria del hijo, pero el carácter de la madre se refleja intensamente en la sensibilidad del correcto y nítido escritor que fue Fabela. El padre ya lo había advertido, y en cierta ocasión le confió en una carta: “Tú tienes una gran facilidad para escribir y desde muy pequeño tuviste la vocación por la literatura”.



Portada de *A mi señor Don Quijote*.

En 1906, siendo estudiante de derecho, participa en el concurso de cuento regional de la revista *El Mundo Ilustrado*. Gana el primer lugar con un relato intitolado “En el establo”, pieza costumbrista en la que demuestra grandes dotes de observador, pero sobre todo un depurado estilo narrativo que sin duda se había desarrollado en la diaria conversación con los autores clásicos y en la paciente lectura que hizo del alma de sus talentosos amigos, maestros y condiscípulos.

De aquella época son sin duda la mayoría de los cuentos y prosas que forman parte de *La tristeza del amo*, libro publicado en París, en 1915. Verdades que no se aprenden en los libros, sino en el trato habitual con el oficio de las letras. Fabela ponía desde entonces en práctica los mismos consejos que, en el ocaso de su vida, repetía con paciencia magisterial: “Ser sencillos en la forma para que se pueda

leer claramente nuestro pensamiento” y “ser devotos a la pureza de nuestro idioma que por ser lengua tan bella, armoniosa y elegante nos impone que la admiremos, respetándola”.

Será Francia la modeladora definitiva de su personalidad artística: “Sin el pensamiento de Francia, el pensamiento universal quedaría trunco”.

Entre 1915 y 1916, escribe sus excelentes *Cuentos de París*, que lo revelan como un narrador inscrito dentro de las corrientes de la vanguardia europea de su tiempo. Irónico y juguetón en ocasiones, un sentimentalismo mesurado recorre las páginas de esta colección de estampas donde el espíritu femenino aparece retratado con la minuciosidad de un Flaubert, pero también con un invencible matiz de simpatía. El ambiente bohemio, las preocupaciones sociales, la seducción de un “París minúsculo del pecado” son constantes en todo el libro, que más que una lección de vida deja en nosotros ese regusto deleitoso de los buenos licores europeos.

Y aquí advertimos que en el joven artista se presenta otro dilema a resolver: ama a su tierra con cariño filial, pero el Viejo Continente lo ha comenzado a encadenar a los encantos de un prestigioso amor prohibido hacia la cultura extranjera. Resuelve al final tan grave contradicción con este razonamiento: “Nosotros, los mexicanos, deberíamos primero empaparnos de todo lo nuestro para después orientar y afirmar nuestro espíritu en Europa”.

Interrogado cierta vez sobre cuál es el lugar donde prefiere vivir, contesta: “La primavera en Florencia, el estío a la orilla del Rhin, el otoño en Brujas, el invierno en Mallorca, cualquier tiempo en París y los últimos años de mi existencia en México”.

Sensible a todas las manifestaciones del arte, se conmueve observando a Antonio Caso, que cuando interpreta a Chopin moja las teclas del piano con sus lágrimas. Asimismo, descubre y estimula la vocación teatral de Alfredo Gómez de la Vega, quien llegaría a ser el mejor actor mexicano. Pero la ternura de su devoción hacia los creadores se nos revela íntegra con la visita que hace en Madrid al poeta y diplomático relegado Amado Nervo, a quien después recomendará ante Venustiano Carranza para que lo sustituya en su cargo de Ministro en Sudamérica. En agradecimiento, el famoso autor lírico le regala una primera edición de sor Juana, anotada por él mismo, que don Isidro conservaría hasta el fin de sus días como la obra más valiosa de su enorme biblioteca.

Fabela fue un cultivador ferviente de la prosa castellana. Por méritos propios ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua el 23 de septiembre de 1953, con un bellissimo estudio sobre Cervantes y el *Quijote*, cuyo modesto título es *Don Quijote. Una impresión*: “Diré, pues lo mío, lo que me ha hecho sentir y pensar el ingenioso Hidalgo, las sugerencias que en mí despertó y el bien que me hiciera”. Declara, bajo los auspicios de su prosa cristalina:

Al asomarnos al alma del divino loco nos descubrimos en algo o mucho a nosotros mismos, porque todos los hispanoamericanos somos un poco sus hijos espirituales, guardándole por eso al Caballero de la Triste Figura un amor admirativo que tiene mucho de filial y respetuoso.

En el Quijote don Isidro alaba el sentimiento del deber, la dignidad, el severo empaque, la valentía, el ser enamorado del amor, virtudes todas ellas que compartieron el padre Francisco Trinidad y el jefe Venustiano. Virtudes que constituyeron también un ideal de vida para el revolucionario, el diplomático y el escritor. Sin embargo, Fabela no es tan dado a los alardes quijotescos como a la prudencia de Sancho impartiendo justicia en la ínsula Barataria. Dentro de la literatura, Cervantes es la más alta cumbre de la sinceridad ante el oficio. El ilustre hijo de Atacomulco hizo suya la vocación creativa del Manco de Lepanto:

Escribir todos los días y todo el día, es decir, sin ahorro de goce, sin darle tregua al presente trajín del pensamiento; escribir sin dejar descansar el corazón de manera que cada movimiento de sístole o diástole sea reflejo de un ensueño cuajado o de una esperanza sorpresiva, de una victoria o de un fracaso, es ser personaje de una dicha enhiesta.

Fabela escribe, infatigable, desde sus tiempos de escolar hasta el último de sus días. Y cuando no tiene papel a la mano, cuando las circunstancias lo arrebatan al placer de permitir que corra libre la pluma, cuando la guerra, los deberes oficiales, la realidad acuciante lo alejan de la palabra escrita, sigue escribiendo ideas en la mente de sus contertulios, historias melancólicas en el dorso de las horas robadas, páginas de inquietud en las costillas indómitas del viento.

Si Cervantes ha muerto en la miseria, después de arrastrar una vida dolorosa, Fabela ha puesto —como sor Juana— “riquezas en su entendimiento” y las disfruta con mesura, hasta el momento en que se deshereda a sí mismo, pues dona al pueblo de México su Casa del Risco y a la sencilla gente de Atlacomulco una devoción que se transformará en centro de cultura. Como Francisco Trinidad Fabela, ha pensado más en el futuro de sus hijos, y lega al mundo lo más valioso de su ser: su ejemplo y su poesía, mientras que a la amorosa tierra deja el abono de sus huesos, materia orgánica trabajada en la jornada interminable del vivir intenso, del pensar hondo, del actuar certero, como hombre de acción reflexiva y de pensamiento dinámico que seguirá siendo, a través de todos aquellos que sepan aprovechar las lecciones de su existencia.

El gobernante

UN DÍA, SU AMIGO, el ya presidente Manuel Ávila Camacho, mandó llamar a don Isidro para pedirle que se hiciera cargo del gobierno del Estado de México, pues el mandatario constitucional acababa de ser asesinado por razones banales. Dos motivos fueron determinantes para que Fabela escuchara por fin el llamado de la tierra natal: la primera de ellas, que el Presidente Caballero hizo alusión a la vieja amistad que los unía; la segunda, esta frase terminante: “Usted, don Isidro, es la única persona que puede salvar al Estado de México”.

Más que un elogio, la anterior declaración era un reto. Lo que se ofrecía al gran mexicano no era una oportunidad para volver a la dorada paz del terruño y gozar de honores por parte de todos los ciudadanos. En la entidad imperaba el terror desatado por la camarilla que se había instalado en el poder y dilapidaba los recursos estatales en francachelas y dispendios.

El revolucionario sintió nuevamente el llamado del deber y, otra vez, como cuando se convirtió en promotor activo del constitucionalismo a pesar de los sanguinarios procedimientos de Huerta, tomó sobre sus hombros la responsabilidad de pacificar al estado:

Investido de mi flamante cargo tomé posesión del gobierno llevando una recomendación y un deseo del Primer Magistrado. La recomendación era la siguiente: que gobernara hasta donde me fuera posible, con los colaboradores del difundo ex-mandatario Zárate Albarrán; y un deseo, estrictamente confidencial, de que yo continuara en el gobierno hasta completar los cuatro años que correspondían a mi antecesor. Esto cuando la Constitución del Estado ordenaba que el mandatario interino debería convocar a nuevas elecciones.

¿Por qué atendió Fabela al deseo de Ávila Camacho?, ¿cómo pudo el ilustre jurista quebrantar su profundo respeto a la ley? El hecho de que él mismo confesara e hiciera pública esta circunstancia comprometedora nos da prueba de su sinceridad, que podría parecer que rayaba en el cinismo. Pero no era don Isidro un cínico ni se benefició materialmente al ocupar el cargo, pues como él mismo diría al entregar el poder a Alfredo del Mazo, abandonaba el gobierno “sin llevar una gota de sangre en las manos ni un peso malhabido en los bolsillos”.



Con el presidente Ávila Camacho.

EN LA ÍNSULA BARATARIA

“**USTED, DON ISIDRO**, ES la única persona que puede salvar al Estado de México”, y el señor presidente, rollizo y corpulento, clavó sus pequeños ojos de marmota en el rostro apacible de Fabela, ese contradictorio Quijote con aspecto de Sancho, de quien Abreu Gómez decía:

Isidro Fabela tiene el aspecto de un buen burgués, un poco al modo de Francia. No es alto ni bajo; su cara tiene rasgos firmes pero no denotan nada extraordinario. Se conduce ante grandes y chicos con llaneza peculiar. No cambia de voz ni de sonrisa ante un Ministro ni ante un ujier. En su trato es el mismo. Ya esto es una ganancia que pocos, poquísimos podrían disputarle. En sus discursos jamás es ampuloso. Su claridad es siempre enérgica.

Mucho distaba Manuel Ávila Camacho, presidente de la república, de ser un Lisuarte o un Artús Dalgarbe, descomunales reyes de novela caballeresca. Sin embargo, Fabela acudió a su llamado con el mismo exaltado fervor de un Amadís de Gaula o un Oliveros de Castilla, deseoso de poner en juego las numerosas prendas de su hidalguía.

Corrían los primeros meses de 1942 y el Estado de México vivía el desbordamiento de las pasiones políticas. Recientemente asesinado el gobernador Alfredo Zárata Albarrán, numerosos caciques locales se creían con méritos sobrados para sucederlo en el goce irrestricto del poder. En aquellos “días de la chamarra y la pistola”, como les

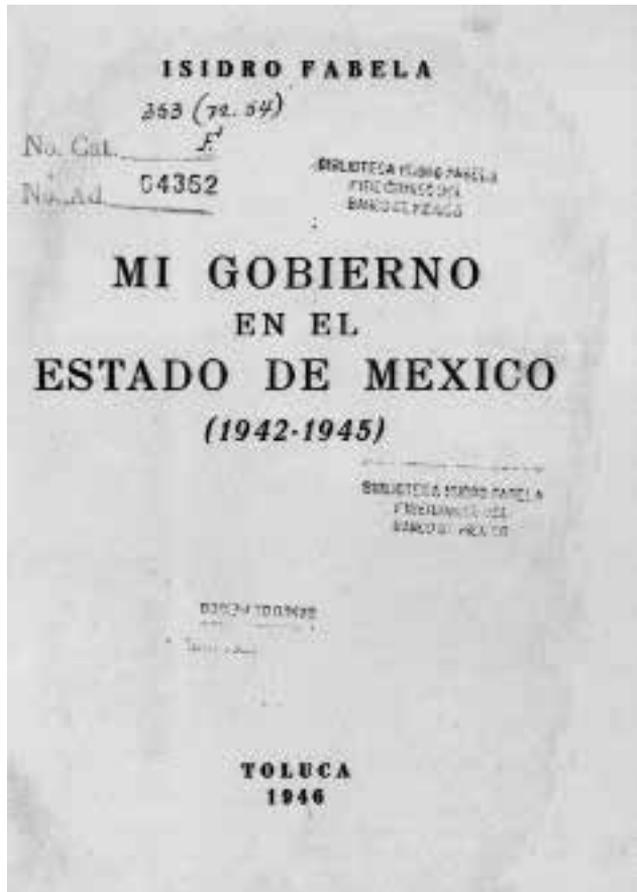
llamó el profesor Sánchez García, la gubernatura del Estado de México no era otra cosa que un botín a merced de pistoleros, mercachifles y demagogos a los cuales era necesario meter en cintura.

Fue entonces cuando Ávila Camacho se acordó de su amigo Isidro Fabela, el honesto partidario de Madero, el hábil colaborador de Carranza, el fino literato y el arquitecto de la política internacional de México en la época posrevolucionaria... ¿Por qué no habría de ser, también, la única persona capaz de salvar al Estado de México?

No sabemos qué pudo pensar don Isidro cuando el mandatario le comunicó sus intenciones por medio de esa frase, que significaba más un reto que un elogio. Para un hombre de su sensibilidad artística, volver al Estado de México era marchar al encuentro con la infancia, con la villa natal, con el “solar nativo” como acostumbraba decir de la tierra de sus mayores:

Atlacmulco, rinconcito grato, tu nombre me suena al agua de riego
que corre traviesa por los barbechos; tu nombre deslizante y suave:
A-tla-co-mul-co, me parece un poema de euforia cuando estoy aquí
y una nostálgica elegía cuando voy por lejanos rumbos caminando y
pronunciando tus sílabas muy paso y muy quedo, como si las rezara...

Pero no era la dulce paz virgiliana la que se ofrecía ante sus ojos de labriego desterrado. Volver al Estado de México quería decir entrar



Portada de *Mi Gobierno en el Estado de México (1942-1945)*.

a saco en una Jerusalén invadida por los infieles. Más que del brazo de Ovidio, debería regresar al terruño encaramado en el rocín de la utopía. Pero Fabela fue, desde su infancia, un caballero. Y un caballero en la histórica y literaria acepción del término. “El caballero —aclara Ignacio Anzoátegui— no accede, sino que obedece. Y obedece con la satisfacción de quien descarga en su superior la responsabilidad de sus actos. No se deja imponer una obligación: cumple gloriosamente una orden”.

Fabela obedeció la orden, aun en contra de la ley misma. Traía el mandato de salvar al Estado de México y ésa fue su tarea a lo largo de dos y medio años. Tiempo después, escribiría:

Investido de mi flamante cargo tomé posesión del gobierno llevando una recomendación y un deseo del Primer Magistrado. La recomendación era la siguiente: que gobernara hasta donde me fuera posible, con los colaboradores del difunto mandatario Zárata Albarrán; y un deseo, estrictamente confidencial, de que yo continuara en el gobierno hasta completar los cuatro años que correspondían a mi antecesor. Esto cuando la Constitución del Estado ordenaba que el mandatario interino debería convocar a nuevas elecciones.

En labios de un jurista, la declaración anterior suena a blasfemia. Pero don Isidro no era ni un cínico ni un oportunista. Tan convencido estaba de su misión salvadora, que pudo confesar sinceramente su desacato a las leyes, sin remordimientos hipócritas. Había puesto en peligro su vida y la de su familia, se había enfrentado a enemigos encubiertos de todo tipo y, finalmente, en 1945, había entregado el poder a su sucesor “sin llevar una gota de sangre en las manos ni un peso malhabido en los bolsillos”. ¿Por qué sentirse avergonzado de una empresa tan arriesgada y decorosa; él, que no trajo al Estado de México más que el pendón de su honra y no salió más que con él entre las manos?

En 1942, la ley se había convertido en letra muerta. Por tanto, la tarea de Fabela consistía precisamente en restablecer la legalidad, reimplantar la vigencia de la Constitución y dar nueva vida a las exahustas arcas de la hacienda estatal. Por la misma razón, desde un principio se percató de que no sería posible pacificar al estado con el discutible auxilio de quienes habían participado en la implantación de la violencia y el despilfarro de los fondos públicos. Así fue como le pidió al presidente que le permitiese nombrar a sus propios colaboradores. La respuesta de don Manuel fue parca: “Forme usted su grupo, señor licenciado, y gobierne como crea conveniente”.

Siendo Fabela un escritor de inagotable ternura y un diplomático de inmenso tacto, no se caracterizó precisamente por su piedad como gobernante del Estado de México. A sabiendas de que su vida y la de sus seres queridos estaban amenazadas, supo actuar con energía ante las agresiones e intrigas de que fue objeto.

A un oficioso general que se le acercó para advertirle que se conspiraba en su contra y que debería tomar precauciones, le respondió, con tono gallardo, que estaba perfectamente protegido por guardias armados, y agregó: “Yo mismo, como veterano revolucionario y hombre acostumbrado al manejo de las armas en mis inveteradas andanzas campiranas, sé tirar y a mayor abundamiento me ejercito ahora —como era cierto— en el tiro de pistola y de la ametralladora Thompson”.

Fabela tenía un elevado concepto de la dignidad personal. No por rudeza sino por pundonor, hizo apresar a un grupo de institutenses que se burlaban de él en forma “delictiva, que yo no merecía”. Más tarde, giró instrucciones para que los “muchachos no estuvieran presos sino el tiempo estrictamente necesario para que los ‘ficharan’, dejándolos después en absoluta libertad”.

La situación era tan conflictiva que a don Isidro no le quedó otro camino que mostrarse como un hombre inflexible. En el fondo prefería las soluciones políticas radicales, aunque bien meditadas.

Pero los enemigos del gobernador no se andaban con tibiezas. Un día, cuando se encontraba con su esposa en el Teatro Principal, recibió la noticia de que su casa de la calle Quintana Roo había sido balaceada por un grupo de hombres armados. Su cuñada, que estaba en el interior, sufrió un coma diabético a consecuencia del atentado. Sin embargo, don Isidro —que contaba con el total apoyo de su esposa— no se amedrentó.

Aunque partidario de las situaciones políticas, hizo cabal uso del poder en todo momento. Tal vez el más astuto, el más significativo de sus actos al frente del gobierno estatal, es el que años después describió con su peculiar estilo:

Un histórico día, los señores diputados mayoritarios a la Legislatura local, que eran siete, tuvieron la malaventurada idea de derrocar me

como Ejecutivo Estatal porque no quise acceder a su absurda pretensión de que fueran —algunos de ellos— mis candidatos oficiales al Congreso de la Unión. Dichos señores a quienes tratara siempre con las atentas consideraciones que su alta investidura me imponía y mi correcta decencia me obligaba sufrieron la peor sanción que pudiera aplicárseles por su ingratitud y sus ilegales intenciones. Los cinco diputados propietarios leales y los siete suplentes de los desleales en sesión urgente y secreta desaforaron a los infidentes, los cuales a la mañana siguiente se enteraron por la prensa que la Legislatura del Estado de México, por decisión unánime de sus miembros, los habían separado de su cargo.

Aquí, como en muchas otras ocasiones, don Isidro demostró que tenía los pies muy bien puestos en la tierra cuando se trataba de servir a un fin que estuviera muy por encima de los mezquinos intereses particulares.

Y aquí ponemos punto final a estos apuntes. Nos ha faltado detenernos pacientemente en el análisis de su figura como esposo leal y comunicativo, como padre ejemplar de dos niños huérfanos, adoptados durante la Guerra Civil española; como juez de la Corte Internacional de Justicia de La Haya entre 1946 y 1952. Pero ésta no pretende ser una biografía exhaustiva del maestro Isidro Fabela, sino apenas una pálida semblanza.

El desafuero de siete diputados por una minoría de cinco legisladores parecería un acto de marrullería descarada por parte de un gobernador que no fuese Isidro Fabela. No en balde hemos hecho alusión a su calidad de caballero andante, de empeñoso hidalgo a la manera de Alonso Quijano el bueno, atildado en sus modales pero inflexible defensor de sus principios románticos.

Para profundizar en las raíces de su personalidad es necesario situarnos en el Atlacomulco de fines del XIX. Pueblo feudal en su manera de ser y de pensar, pueblo de amos y siervos, de hacendados e indígenas. Pueblo, en fin, de escasos recursos, pero con una veta inagotable de fantasía mística, cobijada en los faldones del Señor del Huerto.

Población de “temperamento frío”, según la pintoresca descripción climática de Fortino Hipólito Vera en *Itinerario parroquial* (1880); ubicada sobre terreno “seco y completamente accidentado” al que conforman “lomeríos pedregosos y estériles”, de acuerdo con los apuntes geográficos (1889) de Alfonso Luis Velasco, y en una región donde “la mala calidad de los terrenos y la temperatura fría [...] hacen que las cosechas de maíz, trigo, cebada y alverjón que allí se siembran sean mezquinas o de poca importancia”, como señala la *Estadística del Departamento de México* (1854) dirigida por Joaquín Noriega.

Atlacomulco era en la segunda mitad del siglo XIX una comunidad hosca y sufrida, al igual que muchas otras del Altiplano. Su fisonomía secular era la de muchas otras localidades, como atinadamente observa

el maestro García Martínez en sus *Consideraciones orográficas*, ya que “el tejado de las casas es uno de los elementos que más pesan en el paisaje, las aglomeraciones de las laderas tienen un marcado aspecto serrano que les da el necesario techo de dos aguas”. Isidro Fabela así describe su población natal:

Desde lejos, la tierra en que nací pareceme pintoresca como nunca; la torre de la parroquia, cual inmensa estatua blanca, semeja vigilar, sobre los tejados bermejos del caserío, los solares fronteros y la llanada tendida al horizonte.

El templo del Señor del Huerto, ceniciento por aguaceros y soleadas de tantos años, apenas si de mis ojos expertos en buscarlo dejar mirarse.

El camino real, con ser largo y penoso en su cuesta empinadísima, antójase de lejos una escalerilla en manso declive, que uniera las milpas de la llanura y el zócalo central de mi aldea.

El milenario cerro, cuya rocallosa cumbre cúbrese ahora de nubes blancas, que danle aspecto de gigante con testa encanecida, conserva sus catorce oratorios, edificados por el fanatismo de mis coterráneos para rezar en ellos, en casos de grave pecado, las dolorosas estaciones del Vía Crucis.

Y acá abajo, cerca del ferrocarril que me aleja a prisa cruel del querido paisaje de mi tierra, risueños a pesar de la sequía, los ranchos



Rancho El Cote, propiedad de Isidro Fabela en Atlacomulco, Estado de México.

del Potrero miran correr el río que los fertiliza con los ojazos brillantes de sus presas...

Isidro Fabela era hijo de un hacendado progresista, Francisco Trinidad, que, al igual que su padre, don Isidro, fue alcalde de Atlacomulco. Poco sabemos acerca de los antecedentes familiares. Es demostrable que en 1597 Salvador Fabela solicitó que le fueran otorgadas en calidad de merced dos caballerías de tierra “en términos de Jiquipilco, lindando con tierras de Rodrigo Díaz, en una loma que es del pueblo de Santa Cruz, en una cañada que va a una ciénega del dicho pueblo, con un río que viene de Sila y con el camino que llaman de los meleros, que dividen términos de Ixtlahuaca”.

No tenemos más noticias sobre la procedencia de este aspirante a beneficiario de mercedes, aunque su origen español es indudable pues, como anota François Chevalier, “los conquistadores, que debían ser favorecidos en todas formas, tenían derecho a recibir cada uno dos

caballerías de tierra, cualesquiera que fuesen sus ocupaciones”. No sólo los soldados participantes en la Conquista gozaron de este privilegio, ya que “algunos poderosos personajes y los allegados al virrey estaban en buena posición para conseguir tales tierras y además tenían mejores posibilidades que nadie para explotarlas”.

Para el momento en que don Salvador presentó su demanda de una merced, habían pasado más de setenta y cinco años de que se consumó la toma de Tenochtitlán. Junto con Cortés no figuraba ningún soldado de ese apellido, por lo que podemos suponer que los posibles méritos militares de aquel Fabela se remontan tal vez a la época del virrey Luis de Velasco hijo (1590-1595), cuando se emprendió feroz campaña contra los chichimecas que invadían las poblaciones septentrionales de Nueva España.

Otra posibilidad es que se tratase de un protegido de Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, quien gobernó entre 1595 y 1603. Esta cercanía con la burocracia virreinal le habría dado ínfulas no sólo para pedir dos caballerías de tierra, sino incluso para sugerir que éstas se hallaran en una región céntrica y bonancible.¹

¹ Documentos existentes en el archivo de la Notaría Núm. 1 nos permiten saber que en los últimos años del siglo XVI Salvador Fabela era vecino de Ixtlahuaca y en 1602 radicaba en la villa de Toluca. Su viuda, Antonia Bernal, tramitó en 1609 la herencia del difunto esposo; declaró ser vecina de Zinacantepec y haber procreado con el señor Fabela cinco hijos: Luis, Juan, Pedro, Francisca y Antonio.

Hacia 1513, una caballería “medía 100 pies de largo y 200 de ancho, con equivalencia total a cinco peonías de tierras de ganado, labor y pastos”, correspondía en medidas métricas actuales a 0.41 km², según precisan Andrés Lira y Luis Muro.

Dos dudas nos reservamos para futuras indagaciones: ¿era don Salvador ancestro de Isidro Fabela Alfaro? ¿Fue respondida favorablemente su solicitud? Los autores de la monografía de Atlacomulco que figura en la *Panorámica Socioeconómica del Estado de México* afirman de manera tajante:

Aunque la base de las propiedades territoriales llamadas haciendas fueron las “mercedes” de sitios de ganado mayor y menor, en el siglo XIX los hacendados de la región de Atlacomulco ya no tenían relación de parentesco con los primitivos pobladores españoles ni con los caciques indios, sino que las haciendas habían llegado a ser propiedad de personas como Antonio Bassoco, Trinidad Fabela Mercado, Pablo Valencia, Jesús Valdés, José María Sánchez, Nicolás Velasco y otros.

La hacienda decimonónica era esencialmente distinta de la virreinal. Para Enrique Semo,

en el siglo XVII, la hacienda representa un gran avance: la consolidación de la propiedad privada, la sustitución de los métodos de

producción comunal por otros, muchos más avanzados. A finales del siglo XIX, su función es totalmente diferente: constituye el freno principal al desarrollo nacional de productos y mano de obra.

En su magnífico estudio *Haciendas porfiristas en el Estado de México*, la historiadora Margarita García Luna adopta la definición de Wolf y Mintz al considerar a la hacienda como

una propiedad agrícola operada por un terrateniente que dirige y una fuerza de trabajo que le está supeditada, organizada para aprovisionar un mercado en pequeña escala con capital pequeño, y donde los factores de la producción se emplean no sólo para la acumulación del capital sino también para sustentar las aspiraciones del estatus del propietario.

Dentro de este contexto podemos ubicar la hacienda El Salto, que Francisco Trinidad Fabela heredó de su padre. Esta propiedad aparece indistintamente mencionada como rancho o hacienda en documentos del siglo XVII, cuyos índices han sido publicados por Mario Colín. Entre 1731 y 1743, hay un concurso de acreedores a la testamentaria de Diego Cortés Moctezuma, entre cuyos bienes está el rancho El Salto o La Cañada. En 1710 se aprueba y confirma el remate de las tierras del pueblo de Acutzilapan y rancho El Salto, que los herederos de Diego Cortés Moctezuma y de María de Tapia

celebran con José del Villar y Rosas en la cantidad de setecientos pesos de aquella época.

Finalmente, entre 1776 y 1780, Antonio Marquina hace una promoción para que se le conceda posesión de las haciendas de Jordana, Manto, Quaspillasi y El Salto, que adquirió de sus anteriores propietarios.

Es poco probable que la familia Fabela haya comprado la hacienda El Salto antes del siglo XIX para hacerla producir mediante maquinaria moderna y con la construcción de un sistema de riego que se facilitaba por la cercanía del río. No obstante el carácter emprendedor de los Fabela, su relación con los peones indígenas estaba altamente matizada de feudalismo, como ocurría en todas las fincas de la región.

De hecho, durante el primer siglo de la Colonia, la “República de indios” fue la principal forma de organización económica. Atlacomulco tenía, además de un gobernador, una nobleza nativa cuyos miembros aparecen frecuentemente favorecidos con mercedes, según consta en los índices del Archivo General de la Nación publicados por Mario Colín.

Consumada la Independencia, la proporción entre indígenas y españoles siguió siendo favorable para los primeros, pues en el Censo de 1878 figuraban 22 “blancos”, dos mil 567 “mixtos” o mestizos y cuatro mil 304 mazahuas; en 1930 había siete mil 578 hablantes

de lengua indígena y, en 1970, 50.2% de los habitantes mayores de cinco años del municipio hablaban el mazahua, haciendo un total de 12 mil 340.²

Esta superioridad numérica del grupo mazahua ante el hispanohablante, si bien permitió la supervivencia de rasgos culturales prehispánicos y sincréticos, se tradujo también en una estratificación étnica que, al desarrollarse la hacienda precapitalista, acentuó las desigualdades sociales, como lo señala Luis Villoro:

Las Leyes de Indias, filantrópicas y justas en la teoría, dieron malos resultados en la práctica. Se aisló al indio para protegerlo; se le trató como menor de edad; se le mantuvo alejado de la vida propiamente nacional. Siempre con desprecio, lo que lo ha humillado y debilitado. La degradación del indio es consecuencia natural de esta segregación en todos los órdenes.

Con sus emotivas añoranzas del solar paterno, Isidro Fabela nos ha dejado un testimonio vivo acerca de la relación amo-siervo en la hacienda El Salto:

² De acuerdo con el X Censo General de Población y Vivienda, levantado en 1980, Atlacomulco tenía 39 mil 124 habitantes, de los cuales 13 mil 027 hablaban lenguas indígenas; ello representaba la tercera parte de la población total del municipio. En su mayoría eran mazahuas (12 mil 595 personas), aunque casi todos castellanizados (10 mil 090 hablan también el español).

Oportunamente listo tiéneme Fermín, mi mozo de estribo, el alazán que habrá de llevarme al campo. Cálzome las espuelas, recojo y tanteo mi vara flexible y larga, monto ágilmente al salir en mi caballo, doy postreras órdenes a la gente de la era, y picando al bruto los ijares con mis espuelas de Amozoc, al campo enderezo mi cabalgadura, en fiel compañía del criado y del mayordomo o del administrador, que habrán de darme cuenta y razón de los quehaceres de las fincas.

La educación del joven Isidro estuvo presidida por ideales caballerescos. Ya anciano, escribió:

Yo anhele seguir aquí, donde tomé desde muy mozo la encarnadura de rancho. El rancho es el caballero andante de la tierra, su amador apasionado y fiel, su romántico paladín dispuesto tesoneramente a darle su brazo indómito y su heroica bazarria para removerla y hacerla prolífica.

En los últimos años de su vida Fabela pensaba:

En nuestra existencia los años de la mocedad y de la madurez dependen en gran manera de nuestra educación infantil, del escenario en que nos criamos y de las primeras pasiones que impresionaron nuestro corazón; por lo tanto, debo a esta aldehuela, transformada en villa,



Isidro Fabela en la Fuente del Risco.

la inclinación devota de mi espíritu por las cosas maravillosas de la Madre Naturaleza.

Y es indudable que su infancia, transcurrida en la idílica y laboriosa paz del feudo paterno, influyó de manera determinante en el revolucionario, en el escritor y en el estadista que llegaría a ser Isidro Fabela. Leyendo sus memorias, nos viene a la mente la infancia de Alejandro Magno, imaginada en el siglo XII por Albéric de Briançon o Besancon:

Tuvo muy buenos maestros, instruidos en todas las artes, que le enseñaron la dignidad, la deliberación, la bondad, la prudencia y la honestidad, el arte de la guerra y las proezas.

Uno le enseña, siendo aún muy pequeño, el discurso griego y latino, a escribir en pergamino, ya sea en hebreo o en armenio, y a estar de noche y de día al acecho contra su vecino.

El segundo le enseña a cubrirse con el escudo, a dar grandes espadazos, a apuntar lejos con su lanza y a herir sin desfallecer. El tercero a estudiar la ley, a entender los procesos y a distinguir el bien del mal.

El cuarto le enseña música, a hacer sonar claramente la cítara y la lira, y a afinar las cuerdas en todos para acompañarse en su canto; el quinto a medir la tierra, la distancia del cielo al mar.

Tres enseñanzas recibidas en la infancia marcaron el rumbo de la vida de Fabela: de su padre aprendió la hidalguía, de su madre el romanticismo y del contacto con los peones de la hacienda su sentido de protección al débil. Y aún a riesgo de simplificar excesivamente los rasgos de su personalidad adulta, podríamos decir que fue revolucionario por hidalguía, escritor por romanticismo y diplomático por sentido de protección al débil.

La hidalguía está patente en gran parte de sus escritos. En uno de ellos leemos: “Fue aquí en Atlacomulco donde oí por primera vez el acento de Dios en los labios maternos, donde aprendí la palabra santa de todos los idiomas: ¡Madre!, donde el venerable hidalgo de mi casona solariega me enseñó a ser hombre de honor, de libertad y de bien”.

“Hidalgo”, por definición de diccionario, tiene dos acepciones: “Persona que por su sangre es una clase noble o distinguida”, o bien, “persona de ánimo generoso y noble, y de lo perteneciente a ella”. Como concepto feudal, la hidalguía (del arcaísmo español *fijodalgo*, “hijo de algo”, que en portugués se dice *fidalgo*, en inglés *noblemen*, en francés *gentilhomme*, en alemán *edelman* y en italiano *gentiluomo*) se relaciona con las instituciones caballerescas conformadas a partir de las Cruzadas.

La hidalguía fue para los españoles una cuestión esencial, íntimamente ligada a la “pureza de sangre”. Américo Castro ha expuesto en incontables ocasiones que el hispano asumía una actitud sin paralelo en otros países europeos, pues se sentía bifurcado como hispano-cristiano, “hispano-judío e hispano-moro”. Mientras que en otras naciones más modernas “el plebeyo podía hacerse señor, el pobre adquirir caudales, el analfabeta enriquecerse de ciencia”, el español, en cambio, “por mucho oro que acumulase o por mucho saber y técnica que poseyera, nunca se libraba del duende interior de sentir una fisura en su alma, una tacha que, como mancha indeleble, lo acosaba”.

De ahí la necesidad de proclamarse hidalgo, descendiente de cristianos viejos, de hombres cuyas virtudes caballerescas estuviesen debidamente sancionadas por las proezas militares y los señoríos obtenidos. A este arquetipo humano correspondía el Quijote, cuyos discursos sobre el honor, la valentía y las buenas maneras no son

sino la proyección de lo que en el fondo creía Miguel de Cervantes Saavedra, el más español de los genios universales.

Isidro Fabela también tuvo un elevado concepto de la hidalguía. Era hijo legítimo de un hidalgo “por los cuatro costados”. Tuvo solar paterno hasta que fue vendido por causas inexplicables. Era, por otra parte, esforzado en la lucha, bondadoso con los débiles, cortés en su trato y delicado en sus afectos... ¿Por qué no alardear de su condición de hidalgo?

Así declamaba con encendido orgullo:

Yo quiero a este pueblo bendito de Dios, porque cabe el alma de su caserío y entre sus gentes lugareñas aprendí a caminar por las piedras santas que mi madre caminó. Porque aquí se levanta, aquí perdura igual que antaño, mi casa natal, la que siempre ve mi corazón aunque mis ojos no la miren, porque de ella, de la sagrada mansión paterna, salí caballero en mi bonísimo alazán, para hacer camino rumbo a la heredad de mis mayores cabalgando las mismas veredas que mi padre cabalgó; y porque a la vera de ese hidalgo, prócer de por dentro y de por fuera, mirándolo trabajar en los campos labrantíos, en el poético regadío, en la siembra solemne, en la opulenta o parva cosecha: en la trilla vocinglera o en la ordeña mansa, aprendí a tener culto apasionado por la tierra y por los menesteres que la hacen fecunda; culto que los años transformaron en credo e ilusión estética.



Portada de *La tristeza del amo*.

Un hecho determina, sin embargo, la ruptura de esta vida apacible y bucólica. A fines del siglo pasado, don Francisco Trinidad vendió la hacienda El Salto. Hasta entonces los Fabela habían gozado de poder en la región: Isidro, el mayor, ocupó el cargo de alcalde entre 1854 y 1855; y Francisco Trinidad había sido presidente municipal en dos ocasiones: en 1880 y en 1884. Sin embargo, este último empezó a dar muestras de inconformidad ante los abusos de las autoridades. En cierta ocasión, un comisionado gubernamental se presentó para comunicarle que había sido nombrado empadronador de manzana, a lo cual el amo de El Salto respondió:

—Yo no me presto a farsas. Llévase sus papeles y vaya con Dios.

—Así lo comunicaré a la superioridad —dijo el funcionario en tono de amenaza.

—Haga lo que le plazca y déjeme en paz.

Tiempo después, don Francisco Trinidad vendió la hacienda. La explicación de su hijo Isidro, en el sentido de que la decisión habría sido tomada con el fin de que los herederos pudiesen estudiar en México, nos parece insuficiente. Una razón más poderosa debió haber obligado al rancharo de barbas blancas, graduado como ingeniero en minas pero ligado al campo por ascendiente familiar, a desprenderse de su más caro patrimonio.

La despedida de los peones es conmovedora, según la describe Fabela en *La tristeza del amo*:

—¿Pero qué, será posible, señor amo?

—¡Sea por Dios!

—¿Y qué haremos nosotros huérfanos...?

—¡Sea por Dios!

—¡Sea por Dios, señor amo...!

A falta de mayor explicación sobre la venta de la finca, debemos conformarnos con la que nos da don Isidro: “Aquella divina tristeza del amo, simbolizando la supremacía del amor paterno sobre el propio

egoísmo, fue la mejor reliquia que heredan los hijos del viejo dueño y señor del amado terruño”.

Símbolo también de un México rural que sucumbía ante los embates del capitalismo y entre los fragores de una revolución próxima. Pero no todos los intelectuales de origen campesino veían este proceso con nostalgia. Un olvidado escritor y etnógrafo mexiquense, Alfonso Fabila, tuvo arrestos para refutar esta posición romántica, al escribir sobre Isidro Fabela:

Lo conocí con *La tristeza del amo*, que no me gustó, a pesar de lo bien escrita, porque desde niño tuve aversión a los “señores” de mi Estado, a los que debía llegarle, la cabeza baja, con humildad perruna, con el sombrero de palma en la siniestra y medio cogiendo con la diestra la del amo para besarla; luego, quitarle las chaparreras y espuelas y pasear su caballo para que no se resfriara. Él, en actitud indiferente, como si todo se lo mereciera, hasta el apoco de los pequeños de su feudo, a los que ni las gracias daba...

El abandono de la hacienda se transforma en un motivo de permanente frustración para el joven Isidro. Desheredado y rebelde, en 1895 ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, donde forma parte de una brillante generación de estudiantes, la del Ateneo de la Juventud, que con el tiempo se convertirán en intelectuales, artistas o políticos de



Con Antonio Caso, Alejandro Quijano y Alfredo del Mazo.

valía. Sin embargo, su amistad más profunda es con Antonio Caso, en cuyo hogar transcurren muchas horas de estudio y conversación. El hermano menor del primero, nada menos que quien llegaría a ser precursor de la moderna arqueología mexicana, Alfonso Caso, describe a Isidro como “alegre y dicharachero”. Años más tarde, todavía recordaba “el brillo de sus ojos maliciosos a través de los espejuelos”.

El filósofo Antonio Caso, quien lo conocía tan fraternalmente, escribió: “Isidro Fabela es pensamiento y nobleza, puestos de acuerdo con la vida, en perfecta ecuación”. En 1902, Fabela ingresa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde habrá de fortalecerse su incipiente amor por la verdad y por el imperio de la ley. El doctor Pedro de Alba nos ha conservado una valiosa estampa del joven revolucionario que animaba en Fabela desde sus mocedades. En 1907, un grupo numeroso

de alumnos de la universidad, entre ellos muchos aspirantes a médicos, se reunían en el auditorio anexo a la cárcel de Belén, para presenciar los juicios públicos en los cuales intervenía el no menos brillante abogado que encendido orador Jesús Urueta.

En cierta ocasión el mencionado tribuno defendía a otro profesionalista, y el barullo juvenil se dejaba escuchar con estruendo cada vez que Urueta pronunciaba una frase lapidaria o cuando el fiscal desbarraba en su afán por hundir al acusado. Tratando de acallar tales manifestaciones, el presidente de debates ordenó que la sala fuese desalojada por las fuerzas del orden. Una voz se dejó escuchar en los siguientes términos:

Usted no puede ahogar las opiniones de los concurrentes [...] porque esa es una de las características del jurado, en que el pueblo contribuye de manera directa a que se haga justicia; además estamos aquí los estudiantes del último año de Jurisprudencia haciendo práctica forzosa y exigimos que se nos reconozca el derecho de permanecer en el salón, hemos venido a estudiar este proceso y no por simple curiosidad...

Quien de tal manera hablaba era Isidro Fabela, quien en 1908 terminaría su carrera de licenciado en derecho. Nuevas pruebas de su hidalguía encontraremos durante su intervención en el movimiento armado, primero como maderista, luego como diputado opositor a la dictadura huertista y, finalmente, como colaborador de Carranza.

Algo había en los Fabela que los hermanaba con los Madero y con los Carranza, miembros de familias acaudaladas del medio rural, que desconfiaban de la actitud complaciente de Porfirio Díaz hacia la burocracia capitalina. El Apóstol escribiría en *La sucesión presidencial*:

Con el régimen absolutista resulta que los únicos aprovechados de todas las concesiones son los que lo rodean, y más particularmente en el caso actual toda vez que uno de los medios empleados por el general Díaz para premiar a los jefes tuxtepecanos, ha sido darles grandes concesiones de terrenos, lo que constituye una rémora para la agricultura puesto que los grandes propietarios raras veces se ocupan en cultivar sus terrenos, concretándose generalmente al ramo de la ganadería, cuando no los dejan abandonados para venderlos a alguna compañía extranjera, como sucede con más frecuencia.

Isidro compartió sin duda estos puntos de vista y, asesinado el presidente legítimo, pronunció su célebre discurso del 1 de mayo de 1914, donde increpó duramente al régimen de Huerta y recordó la figura de Madero, “cuya sangre de martirio, salpicada a todos los vientos, grabará en la historia de mi patria con letras que irradiarán como soles, a pesar de todos los cuartelazos y a pesar de todas las tiranías, esta sola palabra: ¡Libertad!”.

Perseguido por la policía, Fabela se dirige hacia el norte, donde conocerá a Venustiano Carranza, caudillo revolucionario que llegó a inspirarle los más altos sentimientos de lealtad. ¿Es que reconoció en él la figura de su propio padre, Francisco Trinidad, “cuando allá cubierto en el polvo del camino que se levantaba como una nube de gloria vi aparecer al Redentor, al hombre que estaba simbolizando en aquel momento de nuestra historia patria el honor de nuestra Nación”?

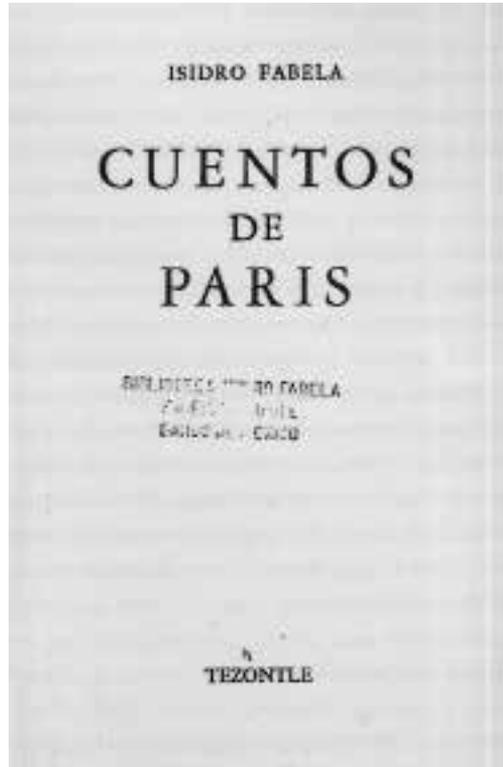
Hasta aquí hemos bocetado a grandes rasgos los antecedentes revolucionarios de Fabela. Hablar del escritor sería tarea prolija, por lo heterogéneo de su producción, en gran parte de carácter jurídico, aunque no desprovista de sentido artístico. Abreu Gómez decía:

Los temas vitales, polémicos que había escrito, circulaban de mano en mano. Yo los leía con sobrado gusto, no tanto porque los temas me atrajeran desde lo hondo de mi conciencia, sino porque advertía que estaba delante de un notable escritor. Es en efecto Fabela mejor escritor de lo que la gente un poco a la ligera supone. En sus escritos el estilo se desliza manso y ceñido al propósito de su materia. Nunca el estilo se desmaya ni se alza hacia lugares impropios. Allá está en su lugar. Parece que la palabra es siempre la justa, la pertinente; siempre es aquella que dice exactamente lo que su autor quiere decir.

En 1906, siendo estudiante de derecho, el talentoso cuentista se había dado a conocer con un relato que obtuvo el primer lugar en el concurso convocado por la revista *El Mundo Ilustrado*. De la época juvenil proceden los textos del libro *La tristeza del amo*, publicado en 1915. Fabela ya ponía entonces en práctica los mismos consejos que, en el ocaso de su vida, repetiría con paciencia magisterial: hay que “ser sencillos en la forma para que se pueda leer claramente nuestro pensamiento” y “ser devotos a la pureza de nuestro idioma que por ser lengua tan bella, armoniosa y elegante nos impone que la admiremos, respetándola”.

Sin embargo, Europa será la modeladora definitiva de su sensibilidad: “Sin el pensamiento de Francia —escribía— el pensamiento universal quedaría trunco”.

Entre 1915 y 1916 escribe sus magníficos *Cuentos de París*, que lo revelan como un narrador inscrito dentro de las más avanzadas corrientes de la vanguardia europea. Irónico y juguetero en ocasiones, un sentimentalismo mesurado recorre las páginas de esta colección de estampas, donde el espíritu femenino aparece retratado con la minuciosidad de un Flaubert, pero también con un invencible sentido de simpatía hacia las mujeres. El ambiente bohemio, las preocupaciones sociales, la seducción por un “París minúsculo del pecado” son constantes en todo el libro, que más que una lección de vida deja en nosotros el sutil regusto de los buenos vinos.



Portada de *Cuentos de París*.

En el joven escritor se presentaba el dilema de elegir entre su tierra natal o la seducción cotidiana de Europa. Resuelve la contradicción haciéndose este razonamiento: “Nosotros, los mexicanos, deberíamos primero, empaparnos de todo lo nuestro, para después orientar y afinar nuestro espíritu en Europa...”.

Interrogado en cierta ocasión sobre el lugar que preferiría para vivir, contesta: “La primavera en Florencia, el estío a orillas del Rhin, el otoño en Brujas, el invierno en Mallorca, cualquier tiempo en París y los últimos años de mi existencia en México”.

A final de cuentas, la fibra más sensible de su espíritu llegaba siempre al punto de partida: Atlacomulco, la hacienda El Salto,

el señorío paterno. No es gratuito que su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, el 23 de septiembre de 1953, estuviera dedicada al más conspicuo monumento literario de nuestra lengua. Con el título de *Don Quijote. Una impresión*, Fabela expresaba:

Al asomarnos al alma del divino loco nos descubrimos en algo o en mucho a nosotros mismos, porque todos los hispanoamericanos somos un poco sus hijos espirituales, guardándole por eso al Caballero de la Triste Figura un amor admirativo que tiene mucho de filial y respetuoso.

Aunque no lo confiese, Fabela vive alucinado por un doloroso sentido del deber que lo conduce a través de su vida revolucionaria, literaria y diplomática como un caballero andante que desface entuertos, pero que, al mismo tiempo, sabe gobernar con prudencia las ínsulas Baratarias que se le ofrecen al paso.

No me detendré a examinar la labor del internacionalista, pues una voz tan autorizada como la de Omar Martínez Legorreta sabrá agotar el tema con pleno conocimiento de causa. Quiero señalar, sin embargo, la actitud de protección al débil que orientó a Fabela durante su vida y trayectoria diplomática. Decía, ya anciano:

Yo quiero a este pueblo bendito de Dios, porque en su escenario rural aprendí a querer con misericordiosa simpatía, al rústico aldeano y al tímido peón que me daban los buenos días con medroso talante y me besaban la mano a la despedida, diciéndome con voz de ancestral rendimiento: Adiós, señor amo.

Debemos concluir que Fabela no fue sólo el último de nuestros caballeros andantes, nuestro Quijote cuerdo, nuestro postrer personaje romántico. Además de todo ello, tuvo la estatura suficiente para recibir el título respetuoso de patriarca. Patriarca por derecho de sangre y por la nobleza de sus acciones. Patriarca como no volveremos a tener uno en la historia, en bien de su sagrado recuerdo y en beneficio de nuestras aspiraciones democráticas.



Recepción municipal al gobernador Isidro Fabela.

EL CONCEPTO DE HIDALGUÍA
EN ISIDRO FABELA

ISIDRO FABELA TIENE EL ASPECTO DE UN BUEN BURGUÉS, un poco al modo de Francia. No es alto ni bajo; su cara tiene rasgos firmes pero no denotan nada extraordinario. Se conduce ante grandes y chicos con llaneza peculiar. No cambia de voz ni de sonrisa ante un Ministro ni ante un ujier. En su trato es el mismo. Ya esto es una ganancia que pocos, poquísimos podrían disputarle.¹

En 1946, Emilio Abreu Gómez así describía al eminente internacionalista y fino escritor que supo esgrimir las armas de la política con la misma destreza que utilizaba al emplear la pluma, en una asombrosa síntesis del intelectual con el hombre de acción. Fernando Serrano Migallón hace notar que Fabela supo estar siempre comprometido con su tiempo:

Desde el principio, Isidro Fabela toma partido, tanto en los problemas nacionales como en los internacionales; se adhiere a las fuerzas revolucionarias —participa en la administración del presidente Francisco I. Madero— y, después, al ejército constitucionalista de Venustiano Carranza. En el ámbito mundial da su decidido apoyo a las democracias en contra del totalitarismo, aún antes de desencadenarse la segunda guerra mundial, defendiendo a Abisinia y a España, en el seno de la Sociedad de Naciones, de los ataques de Italia y Alemania.²

En Fabela se dio, como en muchos otros jóvenes educados dentro de la utopía porfirista, la contradicción entre una sociedad agraria, semifeudal, que se derrumba ante los embates del capitalismo y los ideales románticos de una generación que pretendía transformar al país a partir de un programa ideológico tan difuso que solía fluctuar entre san Martín y Bakunin, Tomás Moro y Carlos Marx. El incipiente socialismo mexicano, matizado desde sus orígenes por el anarco-sindicalismo, hizo mella en el espíritu inquieto de Fabela, quien exponía en su célebre discurso del 1 de mayo de 1913:

Ellos [los obreros] construyeron los palacios principescos que adornan los bulevares para ostentación desdeñosa y altiva de los dueños ricos; ellos fabrican los carruajes opulentos que se deslizan por las brillantes avenidas, donde los herederos ricos y los burgueses se abandonan al amor y placidez de su aburrida pereza o a la estulticia de sus estupendos problemas de divertimientos...³

Sin embargo, aunque el por entonces joven abogado planteaba una tesis materialista (“las necesidades crean las leyes y no las leyes a las necesidades”), no acepta que la lucha de clases sea inevitable, “porque el mejoramiento de la clase obrera corre parejo con su educación general; porque las leyes progresistas en pro del trabajador deben estudiarse en los gabinetes, observarse en los talleres y discutirse en los parlamentos...”⁴

Compárese el anterior párrafo con los del manifiesto del Partido Liberal Mexicano, cuyo principal inspirador fue Ricardo Flores Magón: “Es el deber de nosotros los pobres trabajar y luchar por romper las cadenas que nos hacen esclavos. Dejar la solución de nuestros problemas a las clases educadas y ricas es ponernos voluntariamente entre sus garras”.⁵

Fabela cree, por el contrario, que puede haber solución pacífica a los problemas “del asalariado que suda, obedece y calla contra el patrón que ruge y desprecia; del obrero que trabaja para el mal comer contra el burgués que maquina para explotar”, y que el 1 de mayo es una ocasión

no para acrecentar los rencores, que eso sería bajeza y no *hidalguía*, sino para pensar en tantos males y reclamar los derechos vulnerados con las leyes en la mano; no para vengar afrentas, sino para meditar conquistas; no para arrebatar, sino para pedir; no para maldecir, sino para perdonar.⁶

Esa intempestiva alusión a la *hidalguía* nos revela una de las constantes más notorias en el pensamiento de Fabela: su nostalgia por las instituciones feudales, por los prestigios caballerescos. No en balde su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, pronunciado el 23 de septiembre de 1953, fue una impresión de la lectura del *Quijote*, texto publicado después de su muerte con el título de *A mi señor don Quijote*, en el cual se lee:

Don Quijote tiene enajenada la razón, pero no la dignidad. Es dignísimo en todos sus actos. Si Cervantes es un gran hombre, Don Quijote es un gran señor. El no desciende de nobiliaria estirpe, y sin embargo, es un prócer por sus maneras, por su *hidalga* compostura, por la aristocracia de sus ideas y la magnanimidad y magnitud de sus sentimientos.⁷

A don Isidro le preocupaba la hidalguía tal vez porque la había aprendido de su padre, el terrateniente Francisco Trinidad, quien se había visto obligado a vender sus tierras para que sus hijos pudieran estudiar en Ciudad de México; por lo menos ello se deduce de la lectura del más célebre cuento de Fabela, en el que con seguridad describía la figura paterna: “Aquella divina tristeza del amo, simbolizando la supremacía del amor paterno sobre el propio egoísmo, fue la mejor reliquia que heredaran los hijos del viejo dueño del amado terruño”.⁸

El “amo” que dibuja Fabela con trazos tan firmes, “enérgico para la lucha y valeroso en la pena y las miserias”, que “ya nunca pasaría a caballo por los barbechos húmedos y esponjosos, ni gozaría el murmullo acariciador de los maizales”⁹ es una estampa del México de las haciendas persistentes desde la época de la Colonia, que comenzaron a morir con la Revolución mexicana. Muchos criticaron a don Isidro por haber escrito este texto. Uno de ellos, el escritor y etnógrafo Alfonso Fabila, decía simplemente que nunca le gustó Fabela con su



Isidro Fabela señalando al horizonte.

Tristeza del amo, pues le recordaba su infancia humilde, azotada por los caprichos del latifundista. Fabela, nativo de Amanalco de Becerra, reivindicaba los derechos del agrarismo revolucionario contra la hidalguía de que hacía gala don Isidro.

Sin embargo, Fabela supo hacer una distinción entre sus afectos de hombre y sus deberes políticos. Así, en 1945, al hacer entrega del Gobierno del Estado de México, decía:

Yo no vine al Estado de México a lucrar, sino a gobernar. Y por eso no vi los negocios públicos como propios ni consideré al Estado como un feudo particular, pues la experiencia universal nos demuestra que allí donde los gobernantes se enriquecen, el pueblo es pobre. Y yo tuve siempre la ilusión de llevar consuelo, aliento y mejoría a la pobreza de nuestro proletariado.¹⁰

Fabela no niega sus orígenes campesinos, recuerda con tristeza la heredad paterna, si bien desde la perspectiva benévola del hacendado:

Porque aquí, y en la finca venerada de mi abuelo y del hijo que fuera su orgullo santo, aprendí a cobijar con mi alba ternura de niño, como después con mi consciente protección de adulto, al paupérrimo indígena, horro de vestido y de alimento, que vivía la vida de los venados en el monte y de los perros sin dueño en la alquería.¹¹

Admira al agricultor que con tenacidad arranca frutos a la tierra, hermanándose a la mística rural de Virgilio, cuando el poeta latino cantaba:

El labrador que con rastros rompe los estériles terrenos, hace gran servicio a su campo: desde lo alto del Olimpo la rubia Ceres le mira propicia, lo mismo que al que rompe los terrones de que ha erizado el suelo con el arado y cruzando de nuevo a través de los primeros remueve a menudo la tierra y la subyuga a fuerza de trabajo.¹²

Pero Fabela es consciente de que no hay manera de volver a tiempos superados por la dialéctica de la historia. Así, proponía:



Discurso en el Congreso local durante su gubernatura.

Pensemos que la grandeza de México no está ya en nuestro interesante pasado histórico sino en nuestro esplendoroso porvenir. No vivamos nuestro pretérito de gloria, pero muerto: vivamos el hoy viviente tratando de arrancarle al porvenir sus secretos; pues no lo dudéis un instante: el secreto de nuestro porvenir está en la corteza y en las entrañas de la tierra. Con pasión perseverante laboremos en el seno de esa madre nutriz que hace milagros providenciales, pues la damos simiente y en sus alumbramientos nos devuelve pan y oro.¹³

Como a Madero, a Fabela le aterrorizaba la idea de convertirse en un pragmático, en alguien insensible ante los dictados de la conciencia, pues el autor de *La sucesión presidencial* había advertido ya, desde 1908, que

la pérdida de nuestra independencia no sería considerada como un mal por los hombres de negocios, pues todas las propiedades subirían

de valor; y como el espíritu mercantil es el único que se ha desarrollado a la sombra del despotismo, resultará que ese espíritu seguirá invadiendo poco a poco todas las masas sociales, hasta que llegue a predominar lo que en estos tiempos se llama *ser práctico*, y todo el mundo será práctico y a nadie se le meterá en la cabeza la locura de dejarse matar por defender a la patria, pues la patria ¿qué es? *Es un mito, una cosa inmaterial, intangible, que no produce nada.*¹⁴

Para Fabela la defensa de la soberanía nacional y la solidaridad con todos los pueblos víctimas del imperialismo se convirtió en un problema de honor personal desde sus tiempos de estudiante, y no dudamos que esta actitud haya sido determinante en su designación como responsable de las relaciones exteriores del primer gabinete carrancista. Con el revolucionario de Cuatro Ciénegas hubo una identificación muy intensa por parte de Fabela, tal vez porque encarnaba, también él agricultor próspero, la imagen de don José Trinidad, “el viejo venerable de barbas muy blancas, el respetado señor de aquella hacienda, el amo querido que demostrara siempre una tranquila felicidad y fortaleza incomparables”.¹⁵

Intrigas vulgares alejaron a don Isidro del país, pero ya definida su vocación diplomática, inició desde ese momento una carrera infatigable como abogado de causas justas en todo el mundo. Su cultura jurídica, aunada a un incontrastable sentido de la justicia, lo lleva a poner



Un gobernador cercano al pueblo.

en evidencia algunas maniobras sutiles del colonialismo, como en su análisis de la Doctrina Drago, cuando dice:

Cuando un gobierno se traza una decidida política de apoyo a sus comerciantes en el extranjero, sobrepasa muchas veces los linderos de la equidad para entrar a la desmedida protesta y al ataque a la soberanía de otro estado. Esto naturalmente sucede entre poderosos y débiles, no entre potencias iguales, lo que hace resaltar las injusticias.¹⁶

Sin embargo, Fabela no fue un idealista puro, un soñador que se dejara abatir por las adversidades; supo demostrarlo en la época en que fue perseguido por la policía huertista; más tarde, cuando desafió al

gobierno de Obregón, indignado por el asesinato de Carranza; y, sobre todo, cuando se puso al frente del Gobierno del Estado de México, entre el 16 de marzo de 1942 y el 15 de septiembre de 1945, a raíz del asesinato de Alfredo Zárate Albarrán.

El hecho de haber sido designado por el presidente Manuel Ávila Camacho sorprendió a muchos de los caciques locales, quienes lo consideraban un intelectual, un diplomático, un hombre de gabinete más que un político diestro para dominar a una entidad que durante muchos años había sido dirigida por notables empíricos, de mayor experiencia que instrucción y que se imponían más por la fuerza que por el convencimiento. Quienes esperaban a un individuo de modales suaves y actitud temerosa se sorprendieron al encontrarse con un Isidro Fabela que había pasado por la Revolución mexicana y que sabía actuar con energía en los momentos difíciles. Él mismo relata un episodio crítico de su administración, cuando con sagacidad y coraje desbarató las fuerzas adversas a su administración que se habían apoderado de la Cámara de Diputados:

Un histórico día, los señores diputados mayoritarios a la Legislatura local, que eran siete, tuvieron la malaventurada idea de derrocar me como Ejecutivo estatal porque no quise acceder a su absurda pretensión de que fueran —algunos de ellos— *mis candidatos oficiales* al Congreso de la Unión. Dichos señores a quienes tratara siempre con

las atentas consideraciones que su alta investidura me imponía y mi correcta decencia me obligaba, sufrieron la peor sanción que pudiera aplicárseles por su ingratitud, y sus ilegales intenciones.

Los cinco diputados propietarios leales y los siete suplentes de los desleales en sesión urgente y secreta desforaron a los infidentes, los cuales a la mañana siguiente se enteraron por la prensa de que la Legislatura del Estado de México, por decisión unánime de sus miembros, los habían separado de su cargo...¹⁷

La justificación moral de esta maniobra es, como puede apreciarse, la “ingratitud” a las “atentas consideraciones” y a la “correcta decencia” del gobernante. Igual actitud orientó su orden de encarcelar a los institutenses que se atrevieron a desafiarlo:

A los estudiantes a quienes colmara de consideraciones dándoles todo lo que me pedían y aún más de lo que me habían pedido; cuando me injuriaron en un pasquín dedicado a atacarme en forma irrespetuosa y delictiva, que yo no merecía, los metí a la cárcel para enseñarles que al Ejecutivo del Estado no se le befa impunemente. Pero eso sí, después de dar instrucciones al procurador de justicia y al defensor de oficio, de que los muchachos detenidos no estuviesen presos sino el tiempo estrictamente indispensable para que los “ficharan”, dejándolos después en absoluta libertad.¹⁸

Don Isidro rebosa hidalguía en todos los actos de su vida; una actitud de caballero andante que, en parte, le viene de su extracción campesina semifeudal, pero que se nutre principalmente en las lecturas de los autores del Siglo de Oro, en especial Cervantes. Así interpreta la simbiosis arquetípica del manchego con su escudero:

Sancho es el sentido común vulgar y corriente, el hombre pueblo con sus bondades y sus malicias. Y bien el criado no se pertenece a sí mismo, es de su señor, vivía para él porque el amo era una especie de divinidad en la tierra como si fuese un Dios del cielo. El no era nada comparándose con su mandante, porque no se sentía dentro de sí mismo, sino dentro del superior, que es casi su dueño, o sin el casi. Le mandaba y él obedecía, y más que eso: Don Quijote creía una cosa, y él, aunque le contradijera y replicara, al fin de cuentas creía lo mismo.¹⁹

Fabela era Quijote al defender la verdad de México ante los foros mundiales, al elogiar a Sandino o impugnar a los enemigos de la Revolución cubana; era Sancho quien hablaba por sus venas cuando sentía la nostalgia por el solar nativo, por el dulce sabor de la tierra. Sancho al acatar las indicaciones de Ávila Camacho, cuando le dijo que si en verdad era su amigo, aceptara la gubernatura; Quijote cuando el Presidente Caballero le manifestó en tono seguramente teatral: “Usted, don Isidro, es la única persona que puede salvar al Estado de México”.²⁰

Difícil fue para el hombre conciliar ambos impulsos, el conservador y el aventurero, pues —como dice García Gual—, “en la misma ideología caballeresca late una cierta contradicción: mientras que se insiste en que lo caracteriza al caballero es ante todo una actitud ante la vida, en la práctica lo que confiere la pertenencia a tal grupo social es la ascendencia familiar”.²¹

Don Isidro quiso hacer honor a la hidalguía de su linaje y no se conformó con ese aspecto de “buen burgués” que observaba atinadamente Abreu Gómez, porque entonces jamás hubiera dejado de ser Sancho: con hechos dejó fluir caudalosamente ese Quijote que traía en las venas. De él también se podría decir: “Su brazo y su sangre están al servicio del bien, de la equidad y de la justicia”.²²

FUENTES CONSULTADAS

¹ Abreu Gómez, Ermilo, *Sala de retratos*, p. 88, Ediciones Leyenda, México, 1946.

² Serrano Migallón, Fernando, *Isidro Fabela y la diplomacia mexicana*, p. 12, Fondo de Cultura Económica / SEP/80, México, 1981.

³ Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución mexicana*, Tomo II, p. 40, Fondo de Cultura Económica, 2.ª edición, México, 1962.

⁴ Silva Herzog, Jesús, *idem*, pp. 43-44.

⁵ Flores Magón, Ricardo, *La revolución mexicana* (selección y nota preliminar de A. Sánchez Rebolledo), p. 155, Grijalbo, México, 1970.

⁶ Silva Herzog, Jesús, *op. cit.*, p. 43 (el subrayado es mío).

⁷ Fabela, Isidro, *A mi señor Don Quijote*, p. 29, Ed. part. de españoles republicanos, México, 1966.

⁸ Fabela, Isidro, *La tristeza del amo*, en *iPueblecito mío!*, pp. 55-64, Cuadernos del Estado de México, Toluca, 1958.

⁹ Fabela, Isidro, *ibidem*.

¹⁰ Fabela, Isidro, *Mi gobierno en el Estado de México (1942-1945)*, p. 68, Gobierno del Estado de México, Toluca, 1946.

¹¹ Fabela, Isidro, *Despedida*, en *iPueblecito mío!*, ed. cit.

¹² Virgilio, *Eneida. Geórgicas. Bucólicas*, p. 195, Porrúa, México, 1970.

¹³ Fabela, Isidro, *He vuelto al campo...*, en *iPueblecito mío!*, p. 90, ed. cit.

¹⁴ Madero, Francisco, *La sucesión presidencial en 1910*, p. 249, Ed. Nacional, reimpresión 3.^a edición, México, 1976.

¹⁵ Fabela, Isidro, *La tristeza del amo*, p. 57, ed. cit.

¹⁶ Fabela, Isidro, *La Doctrina Drago*, p. 60, Secretaría de Educación Pública, México, 1946.

¹⁷ Fabela, Isidro, *Para ti, amor mío*, en *¡Pueblecito mío!*, ed. cit., pp. 149-181.

¹⁸ Fabela, Isidro, *ibidem*.

¹⁹ Fabela, Isidro, *A mi señor Don Quijote*, p. 51, ed. cit.

²⁰ Fabela, Isidro, *Para ti, amor mío*, ed. cit., pp. cit.

²¹ García Gual, Carlos, *Primeras novelas europeas*, p. 49, Ed. Istmo, 1974.

²² Fabela, Isidro, *A mi señor Don Quijote*, pp. 29-30, ed. cit.

Don Quijote gobernador, de Alfonso Sánchez Arteché, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de 500 ejemplares. Para su formación se utilizaron las familias tipográficas Documenta, de Dutch Type Library, y Briosó Pro, de Font Shop. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación y supervisión en imprenta: Eligio Ortiz Santana. Portada: Irma Bastida Herrera. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta, Jared Hernández González (como parte de sus prácticas profesionales), César Alan Malvárez Hernández y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.